

## La Numancia

Miguel de Cervantes

Personas que hablan en ella:

- ESCIPIÓN, romano
- JUGURTA, romano
- MARIO, romano
- QUINTO FABIO, romano
- CAYO, soldado romano
- Cuatro SOLDADOS romanos
- Dos NUMANTINOS, embajadores
- ESPAÑA
- El río DUERO
- Tres MUCHACHOS que representan riachuelos
- TEÓGENES, numantino
- CARAVINO, numantino
- Cuatro GOBERNADORES numantinos
- MARQUINO, hechicero numantino
- MARANDRO, numantino
- LEONICIO, numantino
- Dos SACERDOTES, numantinos
- Un PAJE numantino
- Seis PAJES más, numantinos
- Un HOMBRE, numantino
- MILBIO, numantino
- Un DEMONIO
- Un MUERTO
- Cuatro MUJERES de Numancia
- LIRA, doncella [numantina]
- Dos CIUDADANOS numantinos
- Una MUJER de Numancia
- Un HIJO suyo
- Otro HIJO de aquélla
- Un MUCHACHO, hermano de Lira
- Un SOLDADO numantino
- La GUERRA
- La ENFERMEDAD
- El HAMBRE
- La MUJER de Teógenes
- Un HIJO suyo
- Otro HIJO y una HIJA de Teógenes
- SERBIO, muchacho [numantino]
- BARIATO, muchacho, que es el que se arroja de la torre
- Un NUMANTINO
- ERMILIO, soldado romano
- LIMPIO, soldado romano
- La FAMA

## JORNADA PRIMERA

---

*Entra ESCIPIÓN, JUGURTA, MARIO, y QUINTO  
FABIO, hermano de Escipión, romanos*

ESCIPIÓN:

Esta difícil y pesada carga  
que el senado romano me ha encargado  
tanto me aprieta, me fatiga y carga  
que ya sale de quicio mi cuidado.  
De guerra y curso tan extraña y larga  
y que tantos romanos ha costado,  
¿quién no estará suspenso al acaballa?  
¡Ah! ¿Quién no temerá de renovalla?

JUGURTA:

¿Quién, Cipión? Quien tiene la ventura,  
el valor nunca visto que en ti encierras,  
pues con ella y con él está segura  
la victoria y el triunfo de estas guerras.

ESCIPIÓN:

El esfuerzo regido con cordura  
allana al suelo las más altas sierras,  
y la fuerza feroz de loca mano  
áspero vuelve lo que está más llano;  
mas no hay que reprimir, a lo que veo,  
la fuerza del ejército presente,  
que, olvidado de gloria y de trofeo,  
ya embebido en la lascivia ardiente;  
y esto sólo pretendo, esto deseo;  
volver a nuevo trato nuestra gente,  
que, enmendando primero al que es amigo,  
sujetaré más presto al enemigo.  
¡Mario!

MARIO:

¿Señor?

ESCIPIÓN:

Haz que a noticia venga  
de todo nuestro ejército, en un punto,  
que, sin que estorbo alguno le detenga,  
parezca en este sitio todo junto,  
porque una breve plática de arenga  
les quiero hacer.

MARIO:

Harélo en este punto.

ESCIPIÓN:

Camina, porque es bien que sepan todos  
mis nuevas trazas y sus viejos modos.

**Vase MARIO**

JUGURTA:

Séte decir, señor, que no hay soldado  
que no te tema juntamente y ame;  
y porque ese valor tuyo extremado  
de Antártico a Calixto se derrame,  
cada cual con feroz ánimo osado,  
cuando la trompa a la ocasión les llame,  
piensa hacer en tus servicios cosas  
que pasen las hazañas fabulosas.

ESCIPIÓN:

Primero es menester que se refrene  
el vicio, que entre todos se derrama;  
que si éste no se quita, en nada tiene  
con ellos que hacer la buena fama.  
Si este daño común no se previene  
y se deja arraigar su ardiente llama,  
el vicio sólo puede hacernos guerra  
más que los enemigos de esta tierra.

***Tocan a recoger y échase de adentro este  
Bando***

[VOZ]:

"Manda nuestro general  
que se recojan armados  
luego todos los soldados  
en la plaza principal,  
y que ninguno no quede  
de parecer a esta vista,  
so pena que de la lista  
al punto borrado quede."

JUGURTA:

No dudo yo, señor, sino que importa  
recoger con duro freno la malicia,  
que se dé al soldado rienda corta  
cuando él se precipita en la injusticia.  
La fuerza del ejército se acorta,  
cuando va sin arrimo de justicia  
aunque más le acompañen a montones  
mil pintadas banderas y escuadrones.

***Entra un alarde de soldados, armado a lo antiguo  
sin arcabuces, y ESCIPIÓN se sube sobre una peña  
que estará allí, y dice***

ESCIPIÓN:

En el fiero ademán, en los lozanos  
marciales aderezos y vistosos,  
bien os conozco, amigos, por romanos:  
romanos, digo, fuertes y animosos;  
mas en las blancas delicadas manos  
y en las teces de rostros tan lustrosos,  
allá en Bretaña parecéis criados,  
y de padres flamencos engendrados.  
El general descuido vuestro, amigos,  
el no mirar por lo que tanto os toca,  
levanta los caídos enemigos  
que vuestro esfuerzo y opinión apoca.  
De esta ciudad los muros son testigos  
que aun hoy está cual bien fundada roca  
de vuestras perezosas fuerzas vanas,  
que sólo el nombre tienen de romanos.  
¿Paréceos, hijos, que es gentil hazaña  
que tiemble del romano nombre el mundo  
y que vosotros solos en España  
le aniquiléis y echéis en el profundo?  
¿Qué flojedad es ésta tan extraña?  
¿Qué flojedad? Si yo mal no me fundo,  
es flojedad nacida de pereza,  
enemiga mortal de fortaleza.  
La blanda Venus con el duro Marte  
jamás hacen durable ayuntamiento;  
ella regalos sigue, él sigue arte  
que incita daños y furor sangriento.  
La cipria diosa estése agora aparte;  
deje su hijo nuestro alojamiento,  
que mal se aloja en las marciales tiendas  
quien gusta de banquetes y meriendas.  
¿Pensáis que sólo atierra la muralla  
el almete y la acerada punta,  
y que sólo atropella la batalla  
la multitud de gentes y armas junta?  
Si esfuerzo de cordura no señala  
que todo lo previene y lo barrunta,  
poco aprovechan muchos escuadrones,  
y menos infinitas municiones.  
Si a militar concierto se reduce,  
cualque pequeño ejército que sea,  
veréis que como sol claro reluce,  
y alcanza las victorias que desea;  
pero si a flojedad él se conduce,  
aunque abreviado el mundo en él se vea,  
en un momento quedará deshecho  
por más regalada mano y fuerte pecho.  
Avergonzaos, varones esforzados,  
porque, a nuestro pesar, con arrogancia,

tan pocos españoles, y encerrados,  
defiendan este nido de Numancia.  
Diez y seis años son, y más, pasados  
que mantienen la guerra y la ganancia  
de haber vencido con feroces manos  
millares de millares de romanos.  
Vosotros os vencéis, que estáis vencidos  
del bajo antojo, y fementil, liviano,  
con Venus y con Baco entretenidos,  
sin que a las armas extendáis la mano.  
Córreos agora, si no estáis corridos,  
de ver que este pequeño pueblo hispano  
contra el poder romano se defiende  
y, cuanto más rendido, más ofende.  
De nuestro campo quiero, en todo caso,  
que salgan las infames meretrices,  
que de ser reducidos a este paso,  
ellas solas han sido las raíces.  
Para beber no quede más de un vaso,  
y los lechos, un tiempo ya felices,  
llenos de concubinas, se deshagan,  
y de fajina y en el suelo se hagan.  
No me huela el soldado otros olores  
que el olor de la pez y de resina,  
ni por golosidad de los sabores  
traiga siempre aparato de cocina;  
que el que usa en la guerra estos primores  
muy mal podrá sufrir la cota fina;  
no quiero otro primor ni otra fragancia  
en tanto que español viva en Numancia.  
No os parezca, varones, escabroso  
ni duro este mi justo mandamiento,  
que al fin conoceréis ser provechoso  
cuando aquél consigáis de vuestro intento.  
Bien se os ha de hacer dificultoso  
dar a vuestras costumbres nuevo asiento;  
mas, si no las mudáis, estará firme  
la guerra que esta afrenta más confirme.  
En blandas camas, entre juego y vino,  
hállase mal el trabajoso Marte.  
Otro aparejo busca, otro camino.  
Otros brazos levantan su estandarte.  
Cada cual se fabrica su destino.  
No tiene allí Fortuna alguna parte.  
La pereza Fortuna baja cría;  
la diligencia, imperio y monarquía.  
Estoy con todo esto tan seguro  
de que al fin mostraréis que sois romanos,  
que tengo en nada el defendido muro  
de estos rebeldes bárbaros hispanos;  
y así, os prometo por mi diestra y juro

que, si igualáis al ánimo las manos,  
que las mías se alarguen en pagaros,  
y mi lengua también en alabaros.

***Míranse los soldados unos a otros, y hacen  
señas a uno de ellos, que se llama CAYO MARIO, que  
responda por todos, y dice***

CAYO MARIO:

Si con atentos ojos has mirado,  
inclito general, en los semblantes  
que a tus breves razones han mostrado  
los que tienes agora circunstantes,  
cuál habrás visto sin color, turbado,  
y cuál con ella, indicios bien bastantes  
de que el temor y la vergüenza a una  
nos aflige, molesta e importuna,  
vergüenza, de mirar ser reducidos  
a término tan bajo por su culpa,  
que viendo ser por ti reprehendidos,  
no saben a esa falta hacer disculpa;  
temor, de tantos yerros cometidos;  
y la torpe pereza que los culpa  
los tiene de tal modo, que se holgaran  
antes morir que en esto se hallaran.  
Pero el lugar y el tiempo que los queda  
para mostrar alguna recompensa,  
es causa que con menos fuerza pueda  
fatigarte el rigor de tal ofensa.  
De hoy más, con presta voluntad y leda,  
el más mínimo de estos cuida y piensa  
de ofrecer sin revés a tu servicio  
la hacienda, vida, honra en sacrificio.  
Admite, pues, de sus intentos sanos  
al justo ofrecimiento, señor mío,  
y considera al fin que son romanos,  
en quien nunca faltó del todo brío.  
Vosotros levantad las diestras manos  
en señal que aprobáis el voto mío.

SOLDADO 1:

Todo lo que habéis dicho confirmamos.

SOLDADO 2:

Y lo juramos todos.

TODOS:

Sí, juramos.

ESCIPIÓN:

Pues, arrimado a tal ofrecimiento,  
crece ya desde hoy mi confianza,  
creciendo en vuestros pechos ardimiento  
y del viejo vivir nueva mudanza.  
Vuestras promesas no se lleve el viento;  
hacerlas verdaderas con la lanza;  
que las mías saldrán tan verdaderas  
cuanto fuere el valor de vuestras veras.

SOLDADO 1:

Dos numantinos con seguro vienen  
a darte, Cipión, una embajada.

ESCIPIÓN:

¿Por qué no llegan ya? ¿En qué se detienen?

SOLDADO 1:

Esperan que licencia les sea dada.

ESCIPIÓN:

Si son embajadores, ya la tienen.

SOLDADO 1:

Embajadores son.

ESCIPIÓN:

Daldes entrada;  
que, aunque descubran cierto falso pecho,  
al enemigo siempre de provecho,  
jamás la falsedad vino cubierta  
tanto con la verdad, que no mostrase  
algún pequeño indicio, alguna puerta  
por donde su maldad se entestiguase.  
Oír al enemigo es cosa cierta  
que siempre aprovechó más que dañase  
y, en las cosas de guerra, la experiencia  
muestra que lo que digo es cierta ciencia.

***Entran dos NUMANTINOS, embajadores***

NUMANTINO 1:

Si nos das, gran señor, grata licencia,  
decirte he la embajada que traemos;  
do estamos, o ante sola tu presencia,  
todo a lo que venimos te diremos.

ESCIPIÓN:

Decid; que adondequiera doy audiencia.

NUMANTINO 1:

Pues con ese seguro que tenemos,  
de tu real grandeza concedido,  
daré principio a lo que soy venido.  
Numancia, de quien yo soy ciudadano,  
íncrito general, a ti me envía,  
como al más fuerte capitán romano  
que ha cubierto la noche y visto el día,  
a pedirte, señor, la amiga mano  
en señal de que cesa la porfía  
tan trabada y crüel de tantos años  
que ha causado sus propios y tus daños.  
Dice que nunca de la ley y fueros  
del senado romano se apartara  
si el insufrible mando y desafueros  
de un cónsul y otro no le fatigara.  
Ellos con duros estatutos fieros  
con su extraña condición avara  
pusieron tan gran yugo a nuestros cuellos  
que forzados salimos de él y de ellos;  
y en todo el largo tiempo que ha durado  
entre ambas partes la contienda, es cierto  
que ningún general hemos hallado  
con quien poder tratar algún concierto.  
Empero agora, que ha querido el hado  
reducir nuestra nave a tan buen puerto,  
las velas de la gavia recogemos  
y a cualquiera partido nos ponemos.  
No imagines que temor nos lleva  
a pedirte las paces con instancia,  
pues la larga experiencia ha dado prueba  
del poder valeroso de Numancia.  
Tu virtud y valor es quien nos ceba  
y nos declara que será ganancia  
mayor que cuantas desear podemos,  
si por señor y amigo te tenemos.  
A esto ha sido la venida nuestra.  
Respóndenos, señor, lo que te place.

ESCIPIÓN:

¡Tarde de arrepentidos dais la muestra!  
Poco vuestra amistad me satisface.  
De nuevo ejercitad la fuerte diestra  
que quiero ver lo que la mía hace;  
quizá que ha puesto en ella la ventura  
la gloria nuestra y vuestra sepultura.  
A desvergüenza de tan largos años,  
es poca recompensa pedir paces.  
Seguid la guerra y renovad los daños.  
Salgan de nuevo las valientes haces.

NUMANTINO 1:

La falsa confianza mil engaños  
consigo trae; advierte lo que haces,  
señor, que es arrogancia que nos muestras  
remunera el valor en nuestras diestras;  
y pues niegas la paz que con buen celo  
te ha sido por nosotros demandada,  
de hoy más la causa nuestra con el cielo  
quedará por mejor calificada,  
y antes que pises de Numancia el suelo,  
probarás do se extiende la indignada  
fuera de aquél que, siéndote enemigo,  
quiere ser tu vasallo y fiel amigo.

ESCIPIÓN:

¿Tenéis más que decir?

NUMANTINO 2:                   No, más tenemos  
que hacer, pues tú, señor, así lo quiere,  
sin querer la amistad que te ofrecemos,  
correspondiendo mal de ser quien eres.  
Pero entonces verás lo que podremos  
cuando nos muestres tú lo que pudieres;  
que es una cosa razonar de paces  
y otra romper po las armadas haces.

ESCIPIÓN:

Verdad decís; y así, para mostraros  
si sé tratar de paz y hablar en guerra,  
no quiero por amigos aceptaros,  
ni lo seré jamás de vuestra tierra;  
y con esto podéis luego tornaros.

NUMANTINO 1:

¿Que en esto tu querer, señor, se encierra?

ESCIPIÓN:

Ya te he dicho que sí.

NUMANTINO 2:

                                  ¡Pues, sus! Al hecho;  
que guerra ama el numantino pecho.

***Vanse los EMBAJADORES, y dice QUINTO FABIO, hermano  
de Escipión***

QUINTO FABIO:

El descuido pasado nuestro ha sido  
el que les hace hablar de aquesta suerte;  
mas ya es llegado el tiempo y es venido  
do veréis nuestra gloria y vuestra muerte.

ESCIPIÓN:

El vano blasonar no es admitido  
de pecho valeroso, honrado y fuerte.  
Tiempla las amenazas, Fabio, y calla,  
y tu valor descubre en la batalla.  
Aunque yo pienso hacer que el numantino  
nunca a las manos de nosotros venga,  
buscando de vencerle tal camino  
que más a mi provecho se convenga,  
y haré que abaje el brío y pierda el tino  
y que en sí mismo su furor detenga.  
Pienso de un hondo foso rodeallos  
y por hambre insufrible he de acaballos.  
No quiero yo que sangre de romanos  
colore más el suelo de esta tierra;  
basta la que han vertido estos hispanos  
en tan larga reñida y cruda guerra.  
Ejercítense agora vuestras manos  
en romper y a cavar la dura tierra,  
y cubrirse de polvo los amigos  
que no lo están de sangre de enemigos.  
No quede de este oficio reservado  
ninguno que le tenga preeminente.  
Trabaje el decurión como el soldado,  
y no se muestre en esto diferente.  
Yo mismo tomaré el hierro pesado  
y romperé la tierra fácilmente.  
Hacen todos cual yo; veréis que hago  
tal obra, con que a todos satisfago.

QUINTO FABIO:

Valeroso señor y hermano mío,  
bien nos muestras en esto tu cordura;  
pues fuera conocido desvarío  
y temeraria muestra de locura  
pelear contra el loco airado brío  
de estos desesperados sin ventura.  
Mejor será encerrallos como dices  
y quitarles al brío las raíces.  
Bien puede la ciudad toda cercarse,  
si no es la parte por do el río la baña.

ESCIPIÓN:

Vamos, y venga luego a efectuarse  
ésta mi nueva traza, usada hazaña;  
que si en mi favor quiere mostrarse  
el cielo, quedará sujeta España  
al senado romano, solamente  
con vencer la soberbia de esta gente.

***Vanse, y sale ESPAÑA, coronada con unas***

**torres, y trae un castillo en la mano, que significa España**

ESPAÑA:

¡Alto, sereno y espacioso cielo,  
que con tus influencias enriqueces  
la parte que es mayor de este mi suelo  
y sobre muchos otros le engrandeces;  
muévate a compasión mi amargo duelo  
y, pues al afligido favoreces,  
favoréceme a mí en ansia tamaña,  
que soy la sola y desdichada España.  
Basta ya que un tiempo me tuviste  
todos mis flacos miembros abrasados,  
y al sol por mis entrañas descubriste  
al reino oscuro de los condenados  
y a mil tiranos mil riquezas diste;  
a fenicios y a griegos entregados  
mis reinos fueron, porque tú has querido  
o porque mi maldad lo ha merecido.  
¿Será posible que continuo sea  
esclava de naciones extranjeras  
y que un pequeño tiempo yo no vea  
de libertad tendidas mis banderas?  
Con justísimo título se emplea  
en mí el rigor de tantas penas fieras,  
pues mis famosos hijos y valientes  
andan entre sí mismos diferentes.  
Jamás entre su pecho concertaron  
los divididos ánimos furiosos;  
antes entonces más los apartaron  
cuando se vieron más menesterosos,  
y así con sus discordias convidaron  
los bárbaros de pechos codiciosos  
a venir a entregarse en mis riquezas,  
usando en mí en el ellos mil crueltas.  
Numancia es la que agora sola ha sido  
quien la luciente espada sacó fuera,  
y a costa de su sangre ha mantenido  
la amada libertad suya y primera.  
Mas, ¡ay!, que veo el término cumplido,  
llegada ya la hora postrimera  
do acabará su vida, y no su fama,  
cual fénix renovándose en la llama.  
Estos tan mucho temidos romanos  
que buscan de vencer cien mil caminos,  
rehuyendo venir más a las manos  
con los pocos valientes numantinos,  
¡oh, si saliesen sus intentos vanos  
y fuesen sus quimeras desatinos,  
que esta pequeña tierra de Numancia  
sacase de su pérdida ganancia!

Mas, ¡ay!, que el enemigo la ha cercado  
no sólo con las armas contrapuestas  
al flaco muro suyo, mas ha obrado  
con diligencia extraña y manos prestas  
que un foso por la margen concertado  
rodee a la ciudad por llano y cuestas.  
Sólo la parte por do el río se extiende,  
de este ardid nunca visto se defiende.  
Así están encogidos y encerrados  
los tristes numantinos en su muros.  
Ni ellos pueden salir, ni ser entrados,  
y están de los asaltos bien seguros.  
Pero en sólo mirar que están privados  
de ejercitar sus fuertes brazos duros,  
la guerra pediré o la muerte a voces  
con horrendos acentos y feroces.  
Y pues sola la parte por do corre  
y toca a la ciudad el ancho Duero,  
es aquélla que ayuda y que socorre  
en algo al numantino prisionero,  
antes que alguna máquina o gran torre  
en sus aguas se funde, rogar quiero  
al caudaloso y conocido río,  
en lo que puede, ayude al pueblo mío.  
Duero gentil, que con torcidas vueltas  
humedeces gran parte de mi seno,  
ansí en tus aguas siempre veas envueltas  
arenas de oro cual el Tajo ameno;  
ansí las ninfas fugitivas sueltas,  
de que está el verde prado y bosque lleno,  
vengan humildes a tus aguas claras  
y en prestarte favor no sean avaras,  
que prestes a mis ásperos lamentos  
atento oído, o que a escucharlos vengas,  
aunque dejes un rato tus contentos;  
suplícote que en nada te detengas.  
Si tú, con tus continuos crecimientos,  
de estos fieros romanos no te vengas,  
cerrado veo ya cualquier camino  
a la salud del pueblo numantino.

***Sale el río DUERO con otros tres  
ríos, que serán tres muchachos, vestidos como que  
son tres riachuelos que entran en Duero junto a Soria, que en  
aquel tiempo fue Numancia***

DUERO:

Madre querida, España: rato había  
que oí en mis oídos tus querellas,  
y si en salir acá me detenía  
fue por no poder dar remedio a ellas.

El fatal, miserable y triste día,  
según el disponer de las estrellas,  
se llega de Numancia, y cierto temo  
que no hay remedio a su dolor extremo.  
Con Obrón y Minuesa y también Tera,  
cuyas aguas las mías acrecientan,  
he llenado mi seno en tal manera  
que usadas márgenes revientan;  
mas, sin temor de mi veloz carrera,  
cual si fuera un arroyo, veo que intentan  
de hacer lo que tú, España, nunca veas;  
sobre mis aguas, torres y trincheas.  
Mas ya que el revolver del duro hado  
tenga el último fin estatuido  
de ese tu pueblo numantino armado,  
pues a términos tales ha venido,  
un consuelo que queda en este estado:  
que no podrán las sombras del olvido  
oscurecer el sol de sus hazañas  
en toda edad tenidas por extrañas.  
Y puesto que el feroz romano tiende  
el paso ahora para tan fértil suelo,  
que te oprime aquí y allí te ofende  
con arrogante y ambicioso celo,  
tiempo vendrá, según que así lo entiende  
el saber que a Proteo ha dado el cielo,  
que estos romanos sean oprimidos  
por los que agora tienen abatidos.  
De remotas naciones venir veo  
gentes que habitarán tu dulce seno  
después que, como quiere tu deseo,  
habrán a los romanos puesto freno;  
godos serán, que, con vistoso arreo  
dejarán de su fama el mundo lleno;  
vendrán a recogerse en tus entrañas,  
dando de nuevo vida a sus hazañas.  
Estas injurias vengará la mano  
del fiero Atila en tiempos venideros,  
poniendo al pueblo tan feroz romano  
sujeto a obedecer todos sus fueros,  
y portillo abriendo en Vaticano  
sus bravos hijos y otros extranjeros,  
harán que para huir vuelva la planta  
el gran piloto de la nave santa;  
y también vendrá tiempo en que se mire  
estar blandiendo el español cuchillo  
sobre el cuello romano, y que respire  
sólo por la bondad de su caudillo.  
El grande Albano hará que se retire  
el español ejército, sencillo,  
no de valor, sino de poca gente,

pues que con ella hará que se le aumente;  
y cuando fuere ya más conocido  
el propio Hacedor de tierra y cielo,  
aquél que ha de quedar instituido  
por visorrey de Dios en todo el suelo,  
a tus reyes dará tal apellido  
que él vea que más cuadre y dé consuelo.  
Católicos serán llamados todos,  
sujeción e insignia de los godos;  
pero el que más levantará la mano  
en honra tuya y general contento,  
haciendo que el valor del nombre hispano  
tenga entre todos el mejor asiento,  
un rey será de cuyo intento sano  
grandes cosas me muestra el pensamiento;  
será llamado, siendo suyo el mundo,  
el segundo Felipe sin segundo.  
Debajo de este imperio tan dichoso,  
serán a una corona reducidos,  
por bien universal y a tu reposo,  
tus reinos, hasta entonces divididos.  
El jirón lusitano, tan famoso,  
que un tiempo se cortó de los vestidos  
de la ilustre Castilla, ha de asirse  
de nuevo, y a su antiguo ser venirse.  
¡Qué envidia, qué temor, España amada,  
te tendrán mil naciones extranjeras,  
en quien tú reñirás tu aguda espada  
y tenderás triunfando tus banderas  
Sírvate esto de alivio en la pesada  
ocasión, por quien lloras tan de veras,  
pues no puede faltar lo que ordenado  
ya tiene de Numancia el duro hado.

ESPAÑA:

Tus razones alivio han dado en parte,  
famoso Duero, a las pasiones mías,  
sólo porque imagino que no hay parte  
de engaño alguno en estas profecías.

DUERO:

Bien puede de hecho, España, asegurarte,  
puesto que tarden tan dichosos días.  
Y, adiós, porque me esperan ya mis ninfas.

ESPAÑA:

¡El cielo aumente tus sabrosas linfas!

**FIN DE LA PRIMERA JORNADA**

## JORNADA SEGUNDA

---

*Salen TEÓGENES, y CARAVINO, con otros cuatro  
NUMANTINOS, gobernadores de Numancia, y MARQUINO, hechicero, y  
siéntanse*

TEÓGENES:

Paréceme, varones esforzados,  
que en nuestros daños con rigor influyen  
los tristes signos y contrarios hados,  
pues nuestra fuerza humana disminuyen.  
Tiénnenos los romanos encerrados  
y con cobardes manos nos destruyen;  
ni con matar muriendo no hay vengarnos,  
ni podemos sin alas escaparnos.  
No sólo a vencernos se despiertan  
los que habemos vencido veces tantas;  
que también españoles se conciertan  
con ellos a segar nuestras gargantas.  
Tan gran maldad los cielos no consientan;  
con rayos hieran las ligeras plantas  
que se muestren en daño del amigo,  
favoreciendo al pérfido enemigo.  
Mirad si imagináis algún remedio  
para salir de tanta desventura,  
porque este largo y trabajoso asedio  
sólo promete presta sepultura.  
El ancho foso nos estorba el medio  
de probar con las armas la ventura,  
aunque a veces valientes, fuertes brazos  
rompen mil contrapuestos embarazos.

CARAVINO:

¡A Júpiter pluguiera soberano  
que nuestra juventud sola se viera  
con todo el cruel ejército romano,  
adonde el brazo rodear pudiera,  
que allí, al valor de la española mano,  
la misma muerte poco estorbo hiciera  
para dejar de abrir franco camino  
a la salud del pueblo numantino!  
Mas pues en tales términos nos vemos,  
que estamos como damas encerrados,  
hagamos todo cuanto hacer podemos  
para mostrar los ánimos osados.  
A nuestros enemigos convidemos  
a singular batalla; que, cansados  
de este cerco tan largo, ser podría  
quisiesen acabarle por tal vía.  
Y cuando este remedio no suceda

a la justa medida del deseo,  
otro camino de intentar nos queda,  
aunque más trabajoso a lo que creo.  
Este foso y muralla que nos veda  
el paso al enemigo que allí veo,  
en un tropel de noche le rompamos  
y por ayuda a los amigos vamos.

NUMANTINO 1:

O sea por el foso o por la muerte,  
de abrir tenemos paso a nuestra vida;  
que es dolor insufrible el de la muerte,  
si llega cuando más vive la vida.  
Remedio a las miserias es la muerte  
si se acrecientan ellas con la vida,  
y suele tanto más ser excelente  
cuanto se muere más honradamente.

NUMANTINO 2:

¿Con qué más honra pueden apartarse  
de nuestros cuerpos estas almas nuestras  
que en las romanas haces arrojarse  
y en su daño mover las fuerzas diestras?  
Y en la ciudad podrá muy bien quedarse  
quien gusta de cobarde dar las muestras;  
que yo mi gusto pongo en quedar muerto  
en el cerrado foso o campo abierto.

NUMANTINO 3:

Esta insufrible hambre macilenta  
que tanto nos persigue y nos rodea  
hace que en vuestro parecer consienta  
puesto que temerario y duro sea.  
Muriendo, excusar hemos tanta afrenta;  
y quien morir de hambre no desea  
arrójese conmigo al foso y haga  
camino su remedio con la daga.

NUMANTINO 4:

Primero que vengáis al trance duro  
de esta resolución que habéis tomado,  
paréceme ser bien que desde el muro  
nuestro fiero enemigo sea avisado,  
diciéndole que dé campo seguro  
a un numantino y a otro su soldado  
y que la muerte de una sea sentencia  
que acabe nuestra antigua diferencia.  
Son los romanos tan soberbia gente  
que luego aceptarán este partido;  
y si lo aceptan, creo firmemente  
que nuestro amargo daño ha fenecido,

pues está un numantino aquí presente  
cuyo valor me tiene persuadido  
que él solo contra tres de los romanos  
quitará la victoria de las manos.  
También será acertado que Marquino,  
pues es un agorero tan famoso,  
mire qué estrella o qué planeta o signo  
nos amenaza a muerte o fin honroso,  
o si se puede hallar algún camino  
que nos pueda mostrar si del dudoso  
cerco crüel do estamos oprimidos  
saldremos vencedores o vencidos.  
También primero encargo que se haga  
a Júpiter solemne sacrificio,  
de quien podremos esperar la paga  
harto mayor que nuestro beneficio.  
Cúrese luego la profunda llaga  
del arraigado acostumbrado vicio.  
Quizá con esto mudará de intento  
el hado esquivo, y nos dará contento  
para morir, jamás le falta tiempo  
al que quiere morir desesperado.  
Siempre seremos a sazón y a tiempo  
para mostrar muriendo el pecho osado;  
mas, porque no se pase en balde el tiempo,  
mirad si os cuadra lo que he demandado,  
y, si no os parece, dad un modo  
que mejor venga y que convenga a todo.

MARQUINO:

Esa razón que muestran tus razones  
es aprobada del intento mío.  
Háganse sacrificios y oblaciones  
y póngase en efecto el desafío;  
que yo no perderé las ocasiones  
de mostrar de mi ciencia el poderío.  
Yo os sacaré del hondo centro oscuro  
quien nos declare el bien, el mal futuro.

TEÓGENES:

Yo desde aquí me ofrezco, si os parece  
que puede de mi esfuerzo algo fiarse,  
de salir a esta duda que se ofrece  
si por ventura viene a efectuarse.

CARAVINO:

Más honra tu valor claro merece.  
Bien pueden de tu esfuerzo confiarse  
más difíciles cosas, y aun mayores,  
por ser el que es mejor de los mejores.  
Y pues tú ocupas el lugar primero

de la honra y valor con causa justa,  
yo, que en todo me cuento por postrero,  
quiero ser el heraldo de esta justa.

NUMANTINO 1:

Pues yo con todo el pueblo me prefiero  
hacer de los que Júpiter más gusta,  
que son los sacrificios y oblacones,  
si van con enmendados corazones.

NUMANTINO 2:

Vámonos, y con presta diligencia  
hagamos cuanto aquí propuesto habemos,  
antes que la pestífera dolencia  
de la hambre nos ponga en los extremos.  
Si tiene el cielo dada la sentencia  
de que en este rigor fiero acabemos,  
revóquela, si acaso lo merece  
la presta enmienda que Numancia ofrece.

***Vanse y salen MARANDRO, y LEONICIO, numantinos***

LEONICIO:

Marandro amigo, ¿dó vas,  
o hacia dó mueves el pie?

MARANDRO:

Si yo mismo no lo sé,  
tampoco tú lo sabrás.

LEONICIO:

¡Cómo te saca de seso  
tu amoroso pensamiento!

MARANDRO:

Antes, después que le siento,  
tengo más razón y peso.

LEONICIO:

Eso ya está averiguado;  
que el que sirviere al amor,  
ha de ser por su dolor  
con razón muy más pesado.

MARANDRO:

De malicia o de agudeza  
no escapa lo que dijiste.

LEONICIO:

Tú mi agudeza entendiste;  
mas yo entendí tu simpleza.

MARANDRO:  
¿Qué simpleza? ¿Querer bien?

LEONICIO:  
Si al querer no se le mide  
como la razón lo pide,  
con cuándo, cómo, y a quién.

MARANDRO:  
¿Reglas quiés poner a amor?

LEONICIO:  
La razón puede ponellas.

MARANDRO:  
Razonables serán ellas,  
mas no de mucho primor.

LEONICIO:  
En la amorosa porfía  
a razón no hay conocella.

MARANDRO:  
Amor no va contra ella,  
aunque de ella se desvía.

LEONICIO:  
¿No es ir contra la razón,  
siendo tú tan buen soldado,  
andar tan enamorado  
en tan extraña ocasión?  
Al tiempo que del dios Marte  
has de pedir el favor  
¿te entretienes con Amor  
quien mil blanduras reparte?  
¿Ves la patria consumida  
y de enemigos cercada,  
y tu memoria burlada  
por amor, de ella se olvida?

MARANDRO:  
En ira mi pecho se arde  
por ver que hablas sin cordura.  
¿Hizo el Amor, por ventura,  
a ningún pecho cobarde?  
¿Dejé yo la centinela  
por ir donde está mi dama  
o estoy durmiendo en la cama  
cuando mi capitán vela?  
¿Hasme visto tú faltar

de lo que debo a mi oficio,  
para algún regalo o vicio  
ni menos por bien amar?  
Y si nada no has hallado  
de que debo dar disculpa,  
¿por qué me das tanta culpa  
de que sea enamorado?  
Y si de conversación  
me ves que ando siempre ajeno,  
mete la mano en tu seno,  
verás si tengo razón.  
¿No sabes los muchos años  
que tras Lira ando perdido?  
¿No sabes que era venido  
en fin todo a nuestros daños,  
porque su padre ordenaba  
de dármela por mujer,  
y que Lira su querer  
con el mío concertaba?  
También sabes que llegó  
en tan dulce coyuntura  
esta fuerte guerra dura  
por quien mi gloria cesó.  
Dilatóse el casamiento  
hasta acabar esta guerra  
porque no está nuestra tierra  
para fiestas y contento.  
Mira cuán poca esperanza  
puedo tener de mi gloria,  
pues esta nuestra victoria  
toda en la enemiga lanza.  
De la hambre fatigados,  
sin medio de algún remedio,  
tal muralla y foso en medio,  
pocos, y éstos encerrados;  
pues como veo llevar  
mis esperanzas del viento,  
ando triste y descontento,  
así cual me ves andar.

LEONICIO:

Sosiega, Marandro, el pecho;  
vuelve al brío que tenías;  
quizá que por otras vías  
se ordena nuestro provecho,  
y Júpiter soberano  
nos descubra buen camino  
por do el pueblo numantino  
quede libre del romano,  
y en dulce paz y sosiego  
de tu esposa gozarás,

y la llama templarás  
de aqueso amoroso fuego;  
que para tener propicio  
al gran Júpiter tonante,  
hoy Numancia en este instante  
le quiere hacer sacrificio.  
Ya el pueblo viene y se muestra  
con las víctimas e incienso.  
¡Oh, Júpiter, padre inmenso,  
mira la miseria nuestra!

***Apártanse a un lado, y salen dos numantinos  
vestidos como sacerdotes antiguos, y han de traer asido de los  
cuernos en medio un carnero grande, coronado de oliva y otras  
flores, y un paje con una fuente de plata y una toalla, y otro  
con un jarro de agua, y otros dos con dos jarros de vino, y otro  
con otra fuente de plata con un poco de incienso, y otros con  
fuego y leña, y otro que ponga una mesa con un tapete  
donde se ponga todo lo que hubiere en la comedia, en  
hábitos de numantinos; y luego los SACERDOTES, dejando el  
uno el carnero de la mano, diga***

SACERDOTE 1:  
Señales ciertas de dolores ciertos  
se me han representado en el camino  
y los canos cabellos tengo yertos.

SACERDOTE 2:  
Si acaso no soy mal adivino  
nunca con bien saldremos de esta empresa.  
Ay, desdichado pueblo numantino!

SACERDOTE 1:  
Hagamos nuestro oficio con la priesa  
que no incitan los agujeros tristes.  
Poned, amigos, hacia aquí esa mesa.

SACERDOTE 2:  
El vino, incienso y agua que trujisteis  
poneldo encima y apartaos afuera,  
y arrepentíos de cuanto mal hicisteis;  
que la oblación mejor y la primera  
que se ha ofrecer al alto cielo  
es alma limpia y voluntad sincera.

SACERDOTE 1:  
El fuego no le hagáis vos en el suelo,  
que aquí viene brasero para ello,  
que así lo pide el religioso celo.

SACERDOTE 2:

Lavaos las manos y limpiaos el cuello.  
Dad acá el agua. ¿El fuego no se enciende?

NUMANTINO:

No hay quien pueda, señores, encendello.

SACERDOTE 1:

¡Oh, Júpiter! ¿Qué es esto que pretende  
de hacer en nuestro daño el hado esquivo?  
¿Cómo el fuego en la tea no se enciende?

NUMANTINO:

Ya parece, señor, que está algo vivo.

SACERDOTE 2:

Quítate afuera. ¡Oh, flaca llama oscura,  
qué dolor en mirarte tal recibo!  
¿No miras cómo el humo se apresura  
a caminar al lado de poniente,  
y la amarilla llama, mal segura,  
sus puntas encamina hacia el oriente?  
¡Desdichada señal, señal notoria  
que nuestro mal y daño está patente!

SACERDOTE 1:

Aunque lleven romanos la victoria  
de nuestra muerte, en humo ha de tornarse,  
y en llamas vivas nuestra muerte y gloria.

SACERDOTE 2:

Pues debe con el vino ruciarse  
el sacro fuego, dad acá ese vino  
y el incienso también ha de quemarse.

***Rocía el fuego con el vino a la redonda, y  
luego pone el incienso en el fuego, y dice***

Al bien del triste pueblo numantino  
endereza, ¡oh gran Júpiter!, la fuerza  
propicia del contrario amargo sino.  
Así como este ardiente fuego fuerza  
a que en humo se vaya el sacro incienso,  
así se haga al enemigo fuerza  
para que en humo, eterno padre inmenso,  
todo su bien, toda su gloria vaya,  
así como tú puedes y yo pienso;  
tengan los cielos su poder a raya,  
así como esta víctima tenemos,  
y lo que ella ha de haber él también haya.

SACERDOTE 1:

Mal responde el agüero; mal podremos  
ofrecer esperanza al pueblo triste,  
para salir del mal que poseemos.

***Hácese ruido debajo del tablado con un  
barril lleno de piedras, y dispárese un cohete volador***

SACERDOTE 2:

¿No oyes un ruido, amigo? Di, ¿no viste  
el rayo ardiente que pasó volando?  
Presagio verdadero de esto fuiste.

SACERDOTE 1:

Turbado estoy; de miedo estoy temblando.  
¡Oh, qué señales, a lo que yo veo,  
que amargo fin están pronosticando.  
No ves un escuadrón airado y feo?  
¿Ves unas águilas feas que pelean  
con otras aves en marcial rodeo?

SACERDOTE 2:

Sólo su esfuerzo y su rigor emplean  
en encerrar las aves en un cabo,  
y con astucia y arte las rodean.

SACERDOTE 1:

Tal señal vituperio y no la alabo.  
¿Águilas imperiales vencedoras?  
Tú verás de Numancia presto el cabo!

SACERDOTE 2:

Águilas, de gran mal anunciadoras,  
partíos, que ya el agüero vuestro entiendo,  
ya en efecto contadas son las horas.

SACERDOTE 1:

Con todo, el sacrificio hacer pretendo  
de esta inocente víctima, guardada  
para aplacar al dios del gesto horrendo.

SACERDOTE 2:

¡Oh, gran Plutón, a quien por suerte dada  
le fue la habitación del reino oscuro  
y el mando en la infernal triste morada!  
Ansí vivas en paz, cierto y seguro  
de que la hija de la sacra Ceres  
corresponda a tu amor con amor puro,  
que todo aquello que en provecho vieres  
venir del pueblo triste que te invoca,  
lo alegues cual se espera de quien eres.

Atapa la profunda, oscura boca  
por do salen las tres fieras hermanas  
a hacernos el daño que nos toca,  
y sean de dañarnos tan livianas  
sus intenciones, que las lleve el viento,  
como se lleva el pelo de estas lanas.

***Quita algunos pelos del carnero, y échalos  
al aire***

SACERDOTE 1:

Y así como te baño y ensangriento  
este cuchillo en esta sangre pura  
con alma limpia y limpio pensamiento,  
así la tierra de Numancia dura  
se bañe con la sangre de romanos  
y aun los sirva también de sepultura.

***Sale por el hueco del tablado un demonio hasta el  
medio cuerpo, y ha de arrebatarse el carnero y [todos los  
sacrificios], y volverse a disparar el fuego***

SACERDOTE 2:

Mas, ¿quién me ha arrebatado de las manos  
la víctima? ¿Qué es esto, dioses santos?  
¿Qué prodigios son éstos tan insanos?  
No os han enternecido ya los llantos  
de este pueblo lloroso y afligido  
ni la arpada voz de aquestos cantos?  
Antes creo que se han endurecido  
cual pueden inferir en las señales  
tan fieras como aquí han acontecido.  
Nuestros vivos remedios son mortales;  
toda nuestra pereza es diligencia,  
y los bienes ajenos, nuestros males.

NUMANTINO:

En fin dado han los cielos la sentencia  
de nuestro fin amargo y miserable.  
No nos quiere valer ya su clemencia;  
lloremos, pues es fin tan lamentable,  
nuestra desdicha; que la edad postrera  
de él y de nuestras fuerza siempre hable.

TEÓGENES:

Marquino haga la experiencia entera  
de todo su saber, y sepa cuánto  
nos promete de mal y la lastimera  
suerte, que ha vuelto nuestra risa en llanto.

***Vanse todos, y quedan MARANDRO y LEONICIO***

MARANDRO:

Leonicio, ¿qué te parece?  
¿Han remedio nuestros males  
con estas buenas señales  
que aquí el cielo nos ofrece?  
¿Tendrá fin mi desventura  
cuando se acabe la guerra,  
que será cuando la tierra  
me sirva de sepultura!

LEONICIO:

Marandro, al que es buen soldado  
agüeros no le dan pena,  
que pone la suerte buena  
en el ánimo esforzado,  
y esas vanas apariencias  
nunca le turban el tino.  
Su brazo es su estrella o sino;  
su valor, sus influencias.  
Pero si quieres creer  
en este notorio engaño,  
aún quedan, si no me engaño,  
experiencias más que hacer,  
que Marquino las hará,  
las mejores de su ciencia,  
y el fin de nuestra dolencia  
si es buena o mala sabrá.  
Paréceme que le veo.

MARANDRO:

¿En qué extraño traje viene!  
Quien con feos se entretiene,  
no es mucho que venga feo.  
¿Será acertado seguille?

LEONICIO:

Acertado me parece  
por si acaso se le ofrece  
algo en que poder serville.

*Aquí sale MARQUINO con una ropa de  
bocací grande y ancha, y una cabellera negra, y los pies  
descalzos, y la cinta traerá de modo que se le vean tres  
redomillas llenas de agua; la una negra y la otra clara y la  
otra teñida con azafrán; y una lanza en la mano,  
teñido de negro, y en la otra un libro; y ha de venir otro  
con él que se llama MILBIO, y cuando entran LEONICIO y  
MARANDRO, se apartan afuera MARQUINO y MILBIO*

MARQUINO:

¿Dó, dices Milbio, que está el joven triste?

MILBIO:

En esta sepultura está encerrado.

MARQUINO:

No yerres el lugar do le perdiste.

MILBIO:

No; que con esta hiedra señalado  
dejé el lugar adonde el mozo tierno  
fue con lágrimas tiernas enterrado.

MARQUINO:

¿De qué murió?

MILBIO:

Murió de mal gobierno;  
la flaca hambre le acabó la vida,  
peste crüel, salida del infierno.

MARQUINO:

¿Al fin dices que ninguna herida  
le cortó el hilo del vital aliento,  
ni fue cáncer ni llaga su homicida?  
Esto te digo, porque hace al cuento,  
de mi saber que esté este cuerpo entero,  
organizado todo y en su asiento.

MILBIO:

Habrá tres horas que le di el postrero  
reposo y le entregué a la sepultura  
y de hambre murió, como refiero.

MARQUINO:

Está muy bien, y es buena coyuntura  
la que me ofrecen los propicios signos  
para invocar de la región oscura  
los feroces espíritus malinos.  
Presta atentos oídos a mis versos,  
fiero Plutón, que en la región oscura,  
entre ministros de ánimos perversos,  
te cupo de reinar suerte y ventura;  
haz, aunque sean de tu gusto adversos,  
cumplidos mis deseos en la dura  
ocasión que te invoco; no te tardes,  
ni a ser más oprimido de mí aguardes.  
Quiero que al cuerpo que aquí está encerrado  
vuelva el alma que le daba vida  
aunque el fiero Carón del otro lado  
la tenga en la ribera denegrida  
y aunque en las tres gargantas del airado

cancerbero está penada y escondida.  
Salga, y torne a la luz del mundo nuestro  
que luego tornará al escuro vuestro;  
y pues ha de salir, salga informada  
del fin que ha de tener guerra tan cruda  
y de esto no me encubra y calle nada  
ni me deje confuso y con más duda  
la plática de esta alma desdichada.  
De toda ambigüedad libre y desnuda  
tiene de ser. Envíala. ¿Qué esperas?  
¿Esperas a que hable con más veras?  
¿No desmovéis la piedra, desleales?  
Decid, ministros falsos. ¿Qué os detiene?  
¿Cómo no me habéis dado ya señales  
de que hacéis lo que digo y me conviene?  
¿Buscáis con deteneros vuestros males,  
o gustáis de que ya al momento ordene  
de poner en efecto los conjuros  
que ablanden vuestros fieros pechos duros?  
Ea, pues, vil canalla mentirosa;  
aparejaos al duro sentimiento,  
pues sabéis que mi voz es poderosa  
de doblaros la rabia y el tormento.  
Dime, traidor esposo de la esposa  
que seis meses del años a su contento  
está, sin duda, haciéndote cornudo,  
¿por qué a mis peticiones estás mudo?  
Este yerro, bañado en agua clara  
que el suelo no tocó en el mes de mayo,  
herirá en esta piedra, y hará clara  
y patente la fuerza de este ensayo.

***Con el agua clara de la redomilla baña el  
hierro de la lanza, y luego herirá en la tabla, y debajo  
suenan cohetes y hágase ruido***

Ya pareces, canalla, que a la clara  
dais muestras de que os toma crüel desmayo.  
¿Que rumores son éstos? ¡Ea, malvados,  
que aún sin venir aquí venís forzados!  
Levantad esta piedra, fermentidos,  
y descubrid el cuerpo que aquí yace.  
¿Qué es esto? ¿Qué tardáis? ¿A dó sois idos?  
¿Cómo mi mando al punto no se hace?  
¿No curáis de amenazas, descreídos?  
Pues no esperéis que más os amenace;  
esta agua negra del estigio lago  
dará a vuestra tardanza presto pago.  
Agua de la fatal negra laguna,  
cogida en triste noche, oscura y negra;  
¡por el poder que en ti sola se aúna,

a quien otro poder ninguno quiebra,  
a la banda diabólica importuna  
y a quien la primer forma de culebra  
tomó, conjuro, apremio, pido y mando  
que venga a obedecerme aquí volando!

***Rocía con agua negra la sepultura, y ábrase***

¡Oh, mal logrado mozo! Salid fuera.  
Volved a ver el sol claro y sereno.  
Dejad aquella región do no se espera  
en ella un día sosegado y bueno.  
Dame, pues puedes, relación entera  
de lo que has visto en el profundo seno.  
Digo de aquello a que mandado eres  
y más si al caso toca y tú pudieres.

***Sale el cuerpo amortajado, con un rostro de muerte,  
y va saliendo poco a poco, y, en saliendo, déjase caer en  
el tablado***

¿Qué es esto? ¿No respondes? ¿No revives?  
¿Otra vez has gustado de la muerte?  
Pues yo haré que con tu pena avives  
y tengas el hablarme a buena suerte.  
Pues eres de los míos, no te esquives  
de hablarme, responderme. Mira, advierte  
que, si callas, haré que con tu mengua  
sueltes la atada y enojada lengua.

***Rocía el cuerpo con el agua amarilla, y  
luego le azotará***

Espíritus malignos, ¿no aprovecha?  
Pues esperad. Saldrá el agua encantada  
que hará mi voluntad tan satisfecha  
cuanto es la vuestra pérfida y dañada;  
y aunque esta carne fuera polvos hecha,  
siendo con este azote castigada,  
cobrará nueva aunque ligera vida  
del áspero rigor suyo oprimida.  
Alma rebelde, vuelve al aposento  
que pocas horas ha desocupaste.  
Ya vuelves, ya lo muestras, ya te siento,  
que al fin a tu pesar en él te entraste.

***En este punto se estremece el cuerpo y habla***

MUERTO:  
Cese la furia del rigor violento  
tuyo, Marquino. Baste, triste, baste  
lo que yo paso en la región oscura

sin que tú crezcas más mi desventura.  
Engañaste si piensas que recibo  
contento de volver a esta penosa,  
mísera y corta vida que ahora vivo,  
que ya me va faltando presurosa.  
Antes me causas un dolor esquivo  
pues otra vez la muerte rigurosa  
triunfará de mi vida y de mi alma.  
Mi enemigo tendrá doblada palma.  
El cual, con otros del oscuro bando,  
de los que son sujetos a agradarte,  
están con rabia eterna aquí esperando  
a que acaba, Marquino, de informarte  
del lamentable fin, del mal infando,  
que de Numancia puedo asegurarte,  
la cual acabará a las mismas manos  
de los que son a ella más cercanos.  
No llevarán romanos la victoria  
de la fuerte Numancia, ni ella menos  
tendrá del enemigo triunfo o gloria,  
amigos y enemigos siendo buenos;  
no entiendas que de paz habrá memoria,  
que habrá albergue en sus contrarios senos;  
el amigo cuchillo, el homicida  
de Numancia será, y será su vida;  
y quédate, Marquino, que los hados  
no me conceden más hablar contigo,  
y aunque mis dichos tengas por trocados,  
al fin saldrá verdad lo que te digo.

***En diciendo esto, se arroja el cuerpo en la  
Sepultura***

MARQUINO:  
¡Oh, tristes signos, signos desdichados!  
Si esto ha de suceder del pueblo amigo,  
primero que mirar tal desventura  
mi vida acabe en esta sepultura.

***Arrójase MARQUINO en la sepultura***

MARANDRO:  
Mira, Leonicio, si ves  
por do yo pueda decir  
que no me haya de salir  
todo mi gusto al revés.  
De toda nuestra ventura  
cerrado está ya el camino;  
si no, dígalo Marquino,  
el muerto y la sepultura.

LEONICIO:

Que todas son ilusiones,  
quimeras y fantasías,  
agüeros y hechicerías,  
diabólicas invenciones;  
no muestras que tienes poca  
ciencia en creer desconciertos;  
que poco cuidan los muertos  
de lo que a los vivos toca.

MARANDRO:

Nunca Marquino hiciera  
desatino tan extraño,  
si nuestro futuro daño  
como presente no viera.  
Avisemos de este paso  
al pueblo, que está mortal.  
Mas, para dar nueva tal,  
¿quién podrá mover el paso?

**FIN DE LA JORNADA SEGUNDA**

## JORNADA TERCERA

---

*Salen ESCIPIÓN, y JUGURTA, y MARIO,  
romanos*

ESCIPIÓN:

En forma estoy contento en mirar cómo  
corresponde a mi gusto la ventura,  
y esta libre nación soberbia como  
sin fuerzas, solamente con cordura.  
En viendo la ocasión, luego la tomo  
porque sé cuánto corre y se apresura,  
y si se pasa en cosas de la guerra,  
el crédito consume y vida atierra.  
Juzgábades a loco desvarío  
tener los enemigos encerrados,  
y que era mengua del romano brío  
no vencellos con modos más usados.  
Bien sé que lo habrán dicho; mas yo fío  
que los que fueron pláticos soldados  
dirán que es de tener en mayor cuenta  
la victoria que menos ensangrienta.  
¿Qué gloria puede haber más levantada  
en las cosas de guerra que aquí digo  
que, sin quitar de su lugar la espada,  
vencer y sujetar al enemigo?  
Que cuando la victoria es granjeada  
con la sangre vertida del amigo,  
el gusto mengua que causar pudiera  
la que sin sangre tal ganada fuera.

*Tocan una trompeta del muro de Numancia*

JUGURTA:

Oye, señor, que de Numancia suena  
el son de una trompeta, y me aseguro  
que decirte algo desde allá se ordena,  
pues el salir acá lo estorba el muro.  
Caravino se ha puesto en una almena  
y una señal ha hecho de seguro.  
Lleguémonos más cerca.

ESCIPIÓN:

Ea, lleguemos.  
No más; que desde aquí lo entenderemos.

*Pónese CARAVINO en la muralla, con una  
bandera o lanza en la mano, y dice*

CARAVINO:

¡Romanos! ¡Ah, romanos! Puede acaso ser de vosotros esta voz oída?

MARIO:

Puesto que más la bajas y hables paso, de cualquier tu razón será entendida.

CARAVINO:

Decid al general que alargue el paso al foso, porque viene dirigida a él una embajada.

ESCIPIÓN:

Dila presto, que yo soy Cipión.

CARAVINO:

Escucha el resto.

Dice Numancia, general prudente, que consideres bien que ha muchos años que entre la nuestra y tu romana gente dura los males de la guerra extraños, y que, por evitar que no se aumente la dura pestilencia de estos daños quiere, si tú quisieres, acaballa con una breve y singular batalla. Un soldado se ofrece de los nuestros a combatir cerrado en estacada con cualquiera esforzado de los vuestros, para acabar contienda tan trabada; y al que los hados fueren tan siniestros, que allí le dejen sin la vida amada, si fuere el nuestro, darémoste la tierra; si el tuyo fuere, acábese la guerra. Y por seguridad de este concierto, daremos a tu gusto las rehenes. Bien sé que en él vendrás, porque estás cierto, de los soldados que a tu cargo tienes, y sabes que el menor, a campo abierto, hará sudar el pecho, rostro y sienes al más aventajado de Numancia; así que está segura tu ganancia. Porque a la ejecución se venga luego, respóndeme, señor, si estás en ello.

ESCIPIÓN:

Donaire es lo que dices, risa y juego, y loco el que pensase hacello. Usad el medio del humilde ruego, si queréis que se escape vuestro cuello de probar el rigor y filos diestros

del romano cuchillo y brazos nuestros.  
La fiera que en la jaula está encerrada  
por su selvaticidad y fuerza dura,  
si puede allí con mano ser domada,  
y con el tiempo y medios de cordura,  
quien la dejase libre y desatada  
daría grandes muestras de locura.  
Bestias sois, y por tales encerradas  
os tengo donde habéis de ser domadas;  
mía será Numancia a pesar vuestro,  
sin que me cueste un mínimo soldado,  
y el que tenéis vosotros por más diestro,  
rompa por ese foso trincheado;  
y si en esto os parece que yo muestro  
un poco mi valor acobardado,  
el viento lleve agora esta vergüenza,  
y vuélvala la fama cuando venza.

**Vanse ESCIPIÓN y los suyos, y dice  
CARAVINO**

CARAVINO:

¿No escuchas más, cobarde? ¿Ya te escondes?  
¿Enfádate la igual, justa batalla?  
Mal con tu nombradía correspondes;  
mal podrás de este modo sustentalla.  
En fin, como cobarde me respondes.  
Cobardes sois, romanos, vil canalla,  
en vuestra muchedumbre confiados,  
y no en los diestros brazos levantados.  
¡Pérfidos, desleales, fementidos,  
crüeles, revoltosos y tiranos;  
cobardes, codiciosos, malnacidos,  
pertinaces, feroces y villanos;  
adúlteros, infames, conocidos  
por de industriosas mas cobardes manos!  
¿Qué gloria alcanzaréis en darnos muerte,  
teniéndonos atados de esta suerte?  
En formado escuadrón o manga suelta,  
en la campaña rasa, do no pueda  
estorbar la mortal fiera revuelta  
el ancho foso y muro que la veda,  
será bien que, sin dar el pie la vuelta,  
y sin tener jamás la espada queda,  
ese ejército mucho bravo vuestro  
se viera con el poco flaco nuestro;  
mas como siempre estáis acostumbrados  
a vencer con ventajas y con mañas,  
estos conciertos, en valor fundados,  
no los admiten bien vuestras marañas;  
liebres en pieles fieras disfrazados,

load y engrandeced vuestras hazañas,  
que espero en el gran Júpiter de veros  
sujetos a Numancia y a sus fueros.

***Vase, y torna a salir fuera [CARAVINO] con  
TEÓGENES, MARANDRO, y otros***

TEÓGENES:

En términos nos tiene nuestra suerte,  
dulces amigos, que sería ventura  
de acabar nuestros daños con la muerte;  
por nuestro mal, por nuestra desventura,  
visteis del sacrificio el triste agüero,  
y a Marquino tragar la sepultura;  
el desafío no ha importado un cero;  
¿de intentar, qué me queda? No lo siento.  
Uno es aceptar el fin postrero.  
Esta noche se muestre el ardimiento  
del numantino acelerado pecho,  
y póngase por obra nuestro intento.  
El enemigo muro sea deshecho;  
salgamos a morir a la campaña,  
y no como cobardes en estrecho.  
Bien sé que sólo sirve esta hazaña  
de que a nuestro morir se mude el modo,  
que con ella la muerte se acompaña.

CARAVINO:

Con este parecer yo me acomodo.  
Morir quiero rompiendo el fuerte muro  
y deshacello por mi mano todo;  
mas tiéneme una cosa mal seguro:  
que si nuestras mujeres saben esto,  
de que no haremos nada os aseguro.  
Cuando otra vez tuvimos presupuesto  
de huírnos y dejallas, cada uno  
fiado en su caballo y vuelo presto,  
ellas, que el trato a ellas importuno  
supieron, al momento nos robaron  
los frenos, sin dejarnos sólo uno.  
Entonces el huír nos estorbaron,  
y así lo harán agora fácilmente,  
si las lágrimas muestran que mostraron.

MARANDRO:

Nuestro designio a todas es patente;  
todas lo saben ya, y no queda alguna  
que no se queje de ello amargamente,  
y dicen que, en la buena o ruín fortuna,  
quieren en vida o muerte acompañarnos,  
aunque su compañía es importuna.

***Entran cuatro MUJERES de Numancia, cada una con un  
niño en brazos y otros de las manos, y LIRA, doncella***

Veislas aquí do vienen a rogaros  
no las dejéis en tantos embarazos.  
Aunque seáis de acero, han de ablandaros.  
Los tiernos hijos vuestros en los brazos  
las tristes traen. ¿No veis con qué señales  
de amor les dan los últimos abrazos?

MUJER 1:

Dulces señores míos, tras cien males,  
hasta aquí de Numancia padecidos,  
que son menores los que son mortales,  
y en los bienes también que ya son idos,  
siempre mostramos ser mujeres vuestras,  
y vosotros también nuestros maridos.  
¿Por qué en las ocasiones tan siniestras  
que el cielo airado agora nos ofrece,  
nos dais de aquel amor tan cortas muestras?  
Hemos sabido, y claro se parece,  
que en las romanas manos arrojaros  
queréis, pues su rigor menos empieza,  
que no la hambre de que veis cercaros,  
de cuyas flacas manos desabridas  
por imposible tengo el escaparos.  
Peleando queréis dejar las vidas,  
y dejarnos también desamparadas,  
a deshonoras y a muertes ofrecidas.  
Nuestro cuello ofreced a las espadas  
vuestras primero, que es mejor partido  
que vernos de enemigos deshonoradas.  
Yo tengo en mi intención instituído  
que, si puedo, haré cuanto en mí fuere  
por morir do muriere mi marido.  
Esto mismo hará la que quisiere  
mostrar que no los miedos de la muerte  
estorban de querer a quien bien quiere,  
en buena o en mala, dulce, alegre suerte.

MUJER 2:

¿Qué pensáis, varones claros?  
¿Revolvéis aún todavía  
en la triste fantasía  
de dejarnos y ausentaros?  
¿Queréis dejar, por ventura,  
a la romana arrogancia  
las vírgenes de Numancia  
para mayor desventura,  
y a los libres hijos vuestros

queréis esclavos dejallos?  
¿No será mejor ahogallos  
con los propios brazos vuestros?  
¿Queréis hartar el deseo  
de la romana codicia,  
y que triunfe su injusticia  
de nuestro justo trofeo?  
¿Serán por ajenas manos  
nuestras casas derribadas?  
las bodas esperadas,  
¿hanlas de gozar romanos?  
En salir haréis error  
que acarrea cien mil yerros,  
porque dejáis sin los perros  
el ganado, y sin señor.  
Si al foso queréis salir,  
llevadnos en tal salida,  
porque tendremos por vida  
a vuestros lados morir.  
No apresuréis el camino  
al morir, porque su estambre  
cuidado tiene la hambre  
de cercenarla contino.

MUJER 3:

Hijos de estas triste madres,  
¿qué es esto? ¿Cómo no habláis  
y con lágrimas rogáis  
que no os dejen vuestros padres?  
Basta que la hambre insana  
os acabe con dolor,  
sin esperar el rigor  
de la aspereza romana.  
Decidles que os engendraron  
libres, y libres nacistes,  
y que vuestra madres tristes  
también libres os criaron.  
Decidles que, pues la suerte  
nuestra va tan decaída,  
que, como os dieron la vida  
ansimismo os den la muerte.  
¡Oh muros de esta ciudad!  
Si podéis hablar, decid  
y mil veces repetid,  
"¡Numantinos, libertad!"  
Los templos, las casas vuestras  
levantadas en concordia,  
hoy piden misericordia  
hijos y mujeres vuestras.  
Ablandad, claros varones,  
esos pechos diamantinos,

y mostrad cual numantinos,  
amorosos corazones;  
que no por romper el muro  
se remedia un mal tamaño.  
Antes, en ellos está el daño  
más propincuo y más seguro.

LIRA:

También las triste doncellas  
ponen en vuestra defensa  
el remedio de su ofensa  
y el alivio a sus querellas.  
No dejéis tan ricos robos  
a las codiciosas manos.  
Mirad que son los romanos  
hambrientos y fieros lobos.  
Desesperación notoria  
es ésta que hacer queréis,  
adonde sólo hallaréis  
breve muerte y larga gloria.  
Mas ya que salga mejor  
que yo pienso esta hazaña,  
¿qué ciudad hay en España  
que quiera daros favor?  
Mi pobre ingenio os advierte  
que, si hacéis esta salida,  
al enemigo dais vida  
y a toda Numancia muerte.  
De vuestro acuerdo gentil  
los romanos burlarán;  
pero decidme, ¿qué harán  
tres mil con ochenta mil?  
Aunque tuviesen abiertos  
los muros y su defensa,  
seríades con ofensa  
mal vengados y bien muertos.  
Mejor es que la ventura  
o el daño que el cielo ordene  
o nos salve o nos condene  
de la vida o sepultura.

TEÓGENES:

Limpian los ojos húmedos del llanto,  
mujeres tiernas, y tené entendido  
que vuestra angustia la sentimos tanto,  
que responde al amor nuestro subido.  
Ora crezca el dolor, ora el quebranto  
sea por nuestro bien disminuído,  
jamás en muerte o vida os dejaremos;  
antes en muerte o vida os serviremos.  
Pensábamos salir al foso, ciertos  
antes de allí morir que de escaparnos,

pues fuera quedar vivos aunque muertos  
si muriendo pudiéramos vengarnos;  
mas pues nuestros designios descubiertos  
han sido, y es locura aventurarnos.  
Amados hijos y mujeres nuestras,  
nuestras vidas serán de hoy más las vuestras.  
Sólo se ha de mirar que el enemigo  
no alcance de nosotros triunfo o gloria;  
antes ha de servir él de testigo  
que apruebe y eternice nuestra historia;  
y si todos venís en lo que digo,  
mil siglos durará nuestra memoria,  
y es que no quede cosa aquí en Numancia  
de do el contrario pueda hacer ganancia.  
En medio de la plaza se haga un fuego,  
en cuya ardiente llama licenciosa  
nuestras riquezas todas se echen luego,  
desde la pobre a la más rica cosa;  
y esto podréis tener a dulce juego  
cuando os declare la intención honrosa  
que se ha de efectuar después que sea  
abrasada cualquier rica presea.  
Y para entretener por algún hora  
la hambre que ya roe nuestros huesos,  
haréis descuartizar luego a la hora  
esos tristes romanos que están presos;  
y sin del chico al grande hacer mejora,  
repártense entre todos, que con éstos  
será nuestra comida celebrada  
por España, crüel necesitada.

CARAVINO:

Amigos, ¿qué os parece? ¿Estáis en esto?  
Digo que a mí me tiene satisfecho  
y que a la ejecución se venga presto  
de un tan extraño y tan honroso hecho.

TEÓGENES:

Pues yo de mi intención os diré el resto;  
después que sea lo que digo hecho,  
vamos a ser ministros todos luego  
de encender el ardiente y rico fuego.

MUJER 1:

Nosotras desde aquí ya comenzamos  
a dar con voluntad nuestros arreos  
y a las vuestras las vidas entregamos,  
como se han entregado los deseos.

LIRA:

Pues caminemos presto; vamos, vamos,  
y abrásense en un punto los trofeos

que pudieran hacer ricas las manos  
y aun hartar la codicia de romanos.

***Vanse todos y, al irse, MARANDRO ase a LIRA de la  
mano, y ella se detiene y entra LEONICIO y apártase a un  
lado y no le ven, y dice MARANDRO***

MARANDRO:

No vayas tan de corrida,  
Lira. Déjame gozar  
del bien que me puede dar  
en la muerte alegre vida.  
Deja que miren mis ojos  
un rato tu hermosura,  
pues tanto mi desventura  
se entretiene en mis enojos.  
¡Oh, dulce Lira, que sueñas  
contino en mi fantasía  
con tan süave agonía  
que vuelve en gloria mis penas!  
¿Qué tienes? ¿Qué estás pensando,  
gloria de mi pensamiento?

LIRA:

Pienso cómo mi contento  
y el tuyo se va acabando;  
y no será su homicida  
el cerco de nuestra tierra;  
que primero que la guerra  
se me acabará mi vida.

MARANDRO:

¿Qué dices, bien de mi alma?

LIRA:

Que me tiene tal la hambre,  
que de mi vital estambre  
llevará presto la palma.  
¿Qué tálamo has de esperar  
de quien está en tal extremo,  
que te aseguro que temo  
antes de un hora expirar?  
Mi hermano ayer expiró,  
de la hambre fatigado;  
mi madre ya ha acabado,  
que la hambre la acabó;  
y si la hambre y su fuerza  
no ha rendido mi salud  
es porque la juventud  
contra su rigor me esfuerza;

pero como ha tantos días  
que no le hago defensa,  
no pueden contra su ofensa  
las débiles fuerzas mías.

MARANDRO:

Enjuga, Lira, los ojos;  
deja que los tristes míos  
se vuelvan corrientes ríos  
nacido de tus enojos;  
y aunque la hambre ofendida  
te tenga tan sin compás,  
de hambre no morirás  
mientras yo tuviere vida.  
Yo me ofrezco de saltar  
el foso y el muro fuerte,  
y entrar por la misma muerte  
para la tuya excusar.  
El pan que el romano toca,  
sin que el temor me destruya,  
le quitaré de la suya  
para ponello en tu boca;  
con mi brazo haré carrera  
a tu vida y a mi muerte,  
porque más me mata el verte,  
señora, de esta manera.  
Yo te traeré de comer  
a pesar de los romanos,  
si ya son estas mis manos  
las mismas que solían ser.

LIRA:

Hablas como enamorado,  
Marandro; pero no es justo  
que tome gusto del gusto  
por tu peligro comprado.  
Poco podrá sustentarme  
cualquier robo que harás,  
aunque más cierto hallarás  
el perderme que el ganarme.  
Goza de tu mocedad,  
en sanidad ya crecida;  
que más importa tu vida  
que la mía en la ciudad.  
Tú podrás bien defendella  
de la enemiga acechanza,  
que no la flaca pujanza  
de esta tan triste doncella;  
ansí que, mi dulce amor,  
despide ese pensamiento,  
que yo no quiero sustento

ganado con tu sudor;  
que aunque puedas alargar  
mi muerte por algún día,  
esta hambre que porfía  
al fin nos ha de acabar.

MARANDRO:

¡En vano trabajas, Lira,  
de impedirme este camino,  
do mi voluntad y sino  
allá me convida y tira!  
Tú rogarás entretanto  
a los dioses que me vuelvan  
con despojos que resuelvan  
tu miseria y mi quebranto.

LIRA:

Marandro, mi dulce amigo,  
¡ay!, no vais, que se me antoja  
que de tu sangre veo roja  
la espada del enemigo.  
No hagas esta jornada,  
Marandro, bien de mi vida,  
que, si es mala la salida  
muy peor será la entrada.  
Sí, quiero aplacar tu brío,  
por testigo pongo al cielo,  
que de tu daño recelo  
y no del provecho mío.  
Mas si acaso, amado amigo,  
prosigues esta contienda,  
lleva este abrazo por prenda  
de que me llevas contigo.

MARANDRO:

Lira, el cielo te acompañe.  
Vete, que a Leonicio veo.

LIRA:

Y a ti cumpla tu deseo  
y en ninguna cosa dañe.

**Vase LIRA y [sale LEONICIO]**

LEONICIO:

Terrible ofrecimiento es el que has hecho,  
y en él, Marandro, se nos muestra claro  
que no hay cobarde enamorado pecho;  
aunque de tu virtud y valor raro

debe más esperarse; mas yo temo  
que el hado infeliz se nos muestra avaro.  
He estado atento al miserable extremo  
que te ha dicho Lira en que se halla  
indigno, cierto, a su valor supremo,  
y que tú has prometido de librallo  
de este presente daño, y arrojarse  
en las armas romanas a batalla.  
Yo quiero, buen amigo, acompañarte  
y en empresa tan justa y tan forzosa  
con mis pequeñas fuerzas ayudarte.

MARANDRO:

¡Oh amistad de mi alma venturosa!  
¡Oh amistad no en trabajos dividida,  
ni en la ocasión más próspera y dichosa!  
Goza, Leonicio, de la dulce vida;  
quédate en la ciudad, que yo no quiero  
ser de tus verdes años homicida.  
Yo solo tengo de ir. Yo solo espero  
volver con los despojos merecidos  
a mi inviolable fe y amor sincero.

LEONICIO:

Pues ya tienes, Marandro, conocidos  
mis deseos, que, en buena o mala suerte,  
al sabor de los tuyos van medidos,  
sabrás que no los miedos de la muerte  
de ti me apartarán un solo punto,  
ni otra cosa, si la hay, que sea más fuerte.  
¡Contigo tengo de ir; contigo junto  
he de volver, si ya el cielo no ordena  
que quede en tu defensa allá difunto!

MARANDRO:

Quédate, amigo; queda enhorabuena,  
porque si yo acabare aquí la vida,  
en esta empresa de peligros llena,  
que puedas a mi madre dolorida  
consolarla en el trance riguroso  
y a la esposa de mí tanto querida.

LEONICIO:

Cierto que estás, amigo, muy donoso  
en pensar que en tu muerte quedaría  
yo con tal quietud y tal reposo,  
que de consuelo alguno serviría  
a la doliente madre y triste esposa.  
Pues en la tuya está la muerte mía,  
segura tengo la ocasión dudosa;  
mira cómo ha de ser, Marandro amigo,

y en el quedarme no me hables cosa.

MARANDRO:

Pues no puedo estorbarte el ir conmigo,  
en el silencio de esta noche oscura  
tenemos de saltar al enemigo.  
Lleva ligeras armas, que ventura  
es la que ha de ayudar al alto intento,  
que no la malla entretejida y dura.  
Lleva ansimismo puesto el pensamiento  
en robar y traer a buen recado  
lo que pudieres más de bastimento.

LEONICIO:

Vamos, que no saldré de tu mandado.

***Vanse y salen dos NUMANTINOS***

NUMANTINO 1:

¡Derrama, dulce hermano, por los ojos  
el alma en llanto amargo convertida!  
¡Venga la muerte y lleve los despojos  
de nuestra miserable y triste vida!

NUMANTINO 2:

Bien poco durarán estos enojos;  
que ya la muerte viene apercebida  
para llevar en presto y breve vuelo  
a cuantos pisan de Numancia el suelo.  
Principios veo que prometen presto  
amargo fin a nuestra dulce tierra,  
sin que tengan cuidado de hacer esto  
los contrarios ministros de la guerra.  
Nosotros mismos, a quien ya es molesto  
y enfadoso el vivir que nos atierra,  
hemos dado sentencia irrevocable  
de nuestra muerte, aunque crüel, loable.  
En la plaza mayor ya levantada  
queda una ardiente y codiciosa hoguera,  
que, de nuestras riquezas ministrada,  
sus llamas suben a la cuarta esfera.  
Allí, con triste prisa acelerada  
y con mortal y tímida carrera,  
acuden todos, como santa ofrenda,  
a sustentar las llamas con su hacienda.  
Allí las perlas del rosado oriente,  
y el oro en mil vasijas fabricado,  
y el diamante y rubí más excelente,  
y la estimada púrpura y brocado,  
en medio del rigor fogoso ardiente  
de la encendida llama se ha arrojado;

despojos do pudieran los romanos  
henchir los senos y ocupar las manos.

***Aquí salen con cargas de ropa por una parte,  
y éntanse por otra***

Vuelve al triste espectáculo la vista;  
verás con cuánta prisa y cuánta gana  
toda Numancia en numerosa lista  
aguija a sustentar la llama insana;  
y no con verde leño o seca arista  
no con materia al consumir liviana,  
sino con sus haciendas mal gozadas,  
pues se guardaron para ser quemadas.

NUMANTINO 1:

Si con esto acabara nuestro daño,  
pudiéramos llevarlo con paciencia;  
mas, ¡ay!, que se ha de dar, si no me engaño,  
de que muramos todos crüel sentencia.  
¡Primero que el rigor bárbaro extraño  
muestre en nuestras gargantas su inclemencia,  
verdugos de nosotros nuestras manos  
serán, y no los pérfidos romanos!  
Han ordenado que no quede alguna  
mujer, niño, ni viejo con la vida,  
pues al fin la crüel hambre importuna  
con más fiero rigor es su homicida.  
Mas ves allí a do asoma, hermano, una  
que, como sabes, fue de mí querida  
un tiempo con extremo tal de amores,  
cual es el que ella tiene de dolores.

***Sale una mujer con una criatura en los brazos y  
otra de la mano, y ropa para echar en el fuego***

MADRE:

¡Oh duro vivir molesto!  
¿Terrible y triste agonía!

HIJO:

Madre, ¿por ventura habría  
quien nos diese pan por esto?

MADRE:

¿Pan, hijo? ¡Ni aun otra cosa  
que semeje de comer!

HIJO:

¿Pues tengo de fenecer

de dura hambre rabiosa?  
¡Con poco pan que me deis,  
madre, no os pediré más!

MADRE:

¡Hijo, qué pena me das!

HIJO:

¿Por qué, madre, no queréis?

MADRE:

Sí, quiero; mas ¿qué haré,  
que no sé dónde buscallo?

HIJO:

Bien podréis, madre, comprallo;  
si no, yo lo compraré.  
Mas por quitarme de afán,  
si alguno conmigo topa,  
le daré toda esta ropa  
por un pedazo de pan.

MADRE:

¿Qué mamas, triste criatura?  
¿No sientes que, a mi despecho,  
sacas ya del flaco pecho  
por leche, la sangre pura?  
Lleva la carne a pedazos  
y procura de hartarte,  
que no pueden ya llevarte  
mis flacos cansado brazos.  
Hijos, mi dulce alegría,  
¿con qué os podré sustentar,  
si apenas tengo que os dar  
de la propia sangre mía?  
¡Oh hambre terrible y fuerte,  
cómo me acabas la vida!  
¡Oh guerra, sólo venida  
para causarme la muerte!

HIJO:

¡Madre mía, que me fino!  
Aguijemos. ¿A dó vamos,  
que parece que alargamos  
la hambre con el camino?

MADRE:

Hijo, cerca está la plaza  
adonde echaremos luego  
en mitad del vivo fuego

el peso que te embaraza.

*Vase la mujer y el niño y quedan los dos*

NUMANTINO 2:

Apenas puede ya mover el paso  
la sin ventura madre desdichada,  
que, en tan extraño y lamentable caso,  
se ve de dos hijuelos rodeada.

NUMANTINO 1:

Todos, al fin, al doloroso paso  
vendremos de la muerte arrebatada.  
Mas moved vos, hermano, agora el vuestro,  
a ver qué ordena el gran senado nuestro.

**FIN DE LA TERCERA JORNADA**

## JORNADA CUARTA

---

*Tocan al arma con gran prisa, y a este rumor sale*

*ESCIPIÓN, JUGURTA, y MARIO alborotados*

ESCIPIÓN:

¿Qué es esto, capitanes? ¿Quién nos toca  
al arma en tal sazón? ¿Es, por ventura,  
alguna gente desmandada y loca  
que viene a demandar su sepultura?  
Mas no sea algún motín el que provoca  
tocar al arma en recia coyuntura;  
que tan seguro estoy del enemigo,  
que tengo más temor al que es amigo.

*Sale QUINTO FABIO con el espada desnuda y dice*

QUINTO FABIO:

Sosiega el pecho, general prudente,  
que ya de esta arma la ocasión se sabe,  
puesto que ha sido a costa de tu gente,  
de aquél en quien más brío y fuerza cabe.  
Dos numantinos, con soberbia frente,  
cuyo valor será razón se alabe,  
saltando el ancho foso y la muralla,  
han movido a tu campo crüel batalla.  
A las primeras guardas embistieron,  
y en medio de mil lanzas se arrojaron,  
y con tal furia y rabia arremetieron,  
que libre paso al campo les dejaron.  
Las tiendas de Fabricio acometieron,  
y allí su fuerza y su valor mostraron  
de modo que en un punto seis soldados  
fueron de agudas puntas traspasados.  
No con tanta presteza el rayo ardiente  
pasa rompiendo el aire en presto vuelo,  
ni tanto la cometa reluciente  
se muestra y apresura por el cielo,  
como estos dos por medio de tu gente,  
pasaron, colorando el duro suelo  
con la sangre romana que sacaban  
sus espadas doquiera que llegaban.  
Queda Fabricio traspasado el pecho;  
abierta la cabeza tiene Eracio;  
Olmida ya perdió el brazo derecho,  
y de vivir le queda poco espacio.  
Fuéle ansimismo poco de provecho  
la ligereza al valeroso Estacio,  
pues el correr al numantino fuerte  
fue abreviar el camino de la muerte.  
Con presta diligencia discurriendo

iban de tienda en tienda, hasta que hallaron  
un poco de bizcocho, el cual cogiendo,  
el paso, y no el furor, atrás tornaron.  
El uno de ellos se escapó huyendo;  
al otro mil espadas le acabaron;  
por donde infiero que la hambre ha sido  
quien les dio atrevimiento tan subido.

ESCIPIÓN:

Si estando deshambridos y encerrados  
muestran tan demasiado atrevimiento,  
¿qué hicieran siendo libres y enterados  
en sus fuerzas primeras y ardimiento?  
Indómitos! ¡Al fin seréis domados,  
porque contra el furor vuestro violento  
se tiene de poner la industria nuestra,  
que de domar soberbios es maestra!

***Vanse todos, y sale MARANDRO, herido y lleno de  
sangre, con una cesta de pan***

MARANDRO:

¿No vienes, Leonicio? Di.  
¿Qué es esto, mi dulce amigo?  
Si tú no vienes conmigo,  
¿cómo vengo yo sin ti?  
Amigo que te has quedado,  
amigo que te quedaste;  
no eres tú el que me dejaste,  
sino yo el que te he dejado.  
¿Que es posible que ya dan  
tus carnes despedazadas  
señales averiguadas  
de lo que cuesta este pan,  
y es posible que la herida  
que a ti te dejó difunto,  
en aquel instante y punto  
no me acabó a mí la vida?  
No quiso el hado crüel  
acabarme en paso tal,  
por hacerme a mí más mal  
y hacerte a ti más fiel.  
Tú, al fin, llevarás la palma  
de más verdadero amigo;  
yo a disculparme contigo,  
enviaré presto el alma,  
y tan presto, que el afán  
a morir me lleva y tira  
en dando a mi dulce Lira  
este tan amargo pan,  
pan ganado de enemigos

pero no ha sido ganado  
sino con sangre comprado  
de dos sin ventura amigos.

***Sale LIRA con alguna ropa para echarla en el fuego,  
y dice***

LIRA:  
¿Qué es esto que ven mis ojos?

MARANDRO:  
Lo que presto no verán,  
según la prisa se dan  
de acabarme mis enojos.  
Ves aquí, Lira, cumplida  
mis palabras y porfías  
de que tú no morirías  
mientras yo tuviese vida.  
Y aun podré mejor decir  
que presto vendrás a ver  
que a ti te sobra el comer  
y a mí me falta el vivir.

LIRA:  
¿Qué dices, Marandro amado?

MARANDRO:  
Lira, que acates la hambre  
entre tanto que la estambre  
de mi vida corta el hado;  
pero mi sangre vertida  
y con este pan mezclada,  
te ha de dar, mi dulce amada,  
triste y amarga comida.  
Ves aquí el pan que guardaban  
ochenta mil enemigos,  
que cuesta de dos amigos  
las vidas que más amaban.  
Y porque lo entiendas cierto  
y cuánto tu amor merezco,  
ya yo, señora, perezco,  
y Leonicio está ya muerto.  
Mi voluntad sana y justa  
recíbela con amor,  
que es la comida mejor  
y de que el alma más gusta.  
Y pues en tormenta y calma  
siempre has sido mi señora,  
¡recibe este cuerpo agora,  
como recibiste el alma!

***Cáese muerto y recógele en las faldas  
o regazo LIRA***

LIRA:

¡Marandro, dulce bien mío!  
¿Qué sentís, o qué tenéis?  
¿Cómo tan presto perdéis  
vuestro acostumbrado brío?  
Mas, ¡ay triste, sin ventura,  
que ya está muerto mi esposo!  
¡Oh caso el más lastimoso  
que se vio en la desventura!  
¿Qué os hizo, dulce amado,  
con valor tan excelente,  
enamorado y valiente,  
y soldado desdichado?  
Hicisteis una salida,  
esposo mío, de suerte  
que, por excusar mi muerte,  
me habéis quitado la vida.  
¡Oh pan de la sangre lleno  
que por mí se derramó!  
¡No te tengo en cuenta, no,  
de pan, sino de veneno!  
¡No te llegaré a mi boca  
por poderme sustentar,  
si no es para besar  
esta sangre que te toca!

***Entra un MUCHACHO, hermano de LIRA, hablando  
desmayadamente***

MUCHACHO:

Lira, hermana, ya expiró  
mi madre, y mi padre está  
en términos, que ya, ya  
morirá, cual muero yo.  
El hambre le ha acabado.  
Hermana mía, ¿pan tienes?  
¡Oh pan, y cuán tarde vienes,  
que no hay ya pasar bocado!  
Tiene el hambre apretada  
mi garganta en tal manera,  
que, aunque este pan agua fuera,  
no pudiera pasar nada.  
Tómalo, hermana querida,  
que, por más crecer mi afán,  
veo que me sobra el pan  
cuando me falta la vida.

***Cáese muerto***

LIRA:

¿Expírate, hermano amado?  
¡Ni aliento, ni vida tiene!  
Bueno es el mal cuando viene  
sin venir acompañado.  
Fortuna, ¿por qué me aquejas  
con un daño y otro junto,  
y por qué en un solo punto  
huérfana y viuda me dejas?  
¡Oh duro escuadrón romano!  
¿Cómo me tiene tu espada  
de dos muertos rodeada:  
uno esposo y otro hermano?  
¿A cuál volveré la cara  
en este trance importuno,  
si en la vida cada uno  
fue prenda del alma cara?  
Dulce esposo, hermano tierno,  
yo os igualaré en quereros,  
porque pienso presto veros  
en el cielo o en el infierno.  
En el modo de morir  
a entrambos he de imitar,  
porque el yerro ha de acabar  
y el hambre mi vivir.  
Primero daré a mi pecho  
una daga que este pan;  
que a quien vive con afán  
es la muerte de provecho.  
¿Qué aguardo? ¡Cobarde estoy!  
Brazo, ¿ya os habéis turbado?  
¡Dulce esposo, hermano amado,  
esperadme, que ya voy!

***Sale una MUJER huyendo, y tras ella un SOLDADO  
numantino con una daga para matarla***

MUJER:

¡Eterno padre, Júpiter piadoso,  
favorecedme en tan adversa suerte!

SOLDADO:

¡Aunque más lleves vuelo presuroso,  
mi dura mano te dará la muerte!

***Éntrese la MUJER***

LIRA:

El hierro duro, el brazo belicoso  
contra mí, buen soldado, le convierte;

deja vivir a quien la vida agrada,  
y quítame la mía, que me enfada.

SOLDADO:

Puesto que es decreto del senado  
que ninguna mujer quede con vida,  
¿cuál será el brazo o pecho acelerado  
que en ese hermoso vuestro dé herida?  
Yo, señora, no soy tan mal mirado  
que me precie de ser vuestro homicida;  
otra mano, otro hierro ha de acabaros  
que yo sólo nací para adoraros.

LIRA:

Esa piedad que quiés usar conmigo,  
valeroso soldado, yo te juro,  
y al alto cielo pongo por testigo  
que yo la estimo por rigor muy duro.  
Tuviérate yo entonces por amigo  
cuando, con pecho y ánimo seguro,  
este mío afligido traspasaras  
y de la amarga vida me privaras.  
Pero, pues quiés mostrarte piadoso,  
tan en daño, señor, de mi contento,  
muéstralo agora en que a mi triste esposo  
demos el funeral y último asiento.  
También a éste mi hermano, que en reposo  
yace, ya libre del vital aliento.  
Mi esposo feneció por darme vida;  
de mi hermano, el hambre fue homicida.

SOLDADO:

Hacer yo lo que mandas está llano,  
con condición que en el camino cuentes  
quién a tu buen esposo y caro hermano  
trajo a los postrimeros accidentes.

LIRA:

Amigo, ya el hablar no está en mi mano.

SOLDADO:

¿Que tan al cabo estás? ¿Que tal te sientes?  
Lleva a tu hermano, que es de menos carga;  
yo a tu esposo, que es más peso y carga.

**Llevan los cuerpos, y sale una mujer armada con una  
lanza en la mano y un escudo, que significa la GUERRA, y trae  
consigo la ENFERMEDAD y la HAMBRE. La ENFERMEDAD arrimada a una  
muleta y rodeada de paños, la cabeza con una  
máscara amarilla, y la HAMBRE saldrá con un  
desnudillo de muerte, y encima una ropa bocacá amarilla, y**

## *una máscara descolorida*

### GUERRA:

Hambre, enfermedad, ejecutores  
de mis terribles manos y severos,  
de vida y salud consumidores,  
con quien no vale ruego, mando o fieros,  
pues ya de mi intención sois sabidores,  
no hay para qué de nuevo encareceros  
de cuánto gusto me será y contento  
que luego luego hagáis mi mandamiento.  
La fuerza incontrastable de los hados,  
cuyos efectos nunca salen vanos,  
me fuerza a que de mí sean ayudados  
estos sagaces milites romanos.  
Ellos serán un tiempo levantados  
y abatidos también estos hispanos;  
pero tiempo vendrá en que yo me mude  
y dañe al alto y al pequeño ayude;  
que yo, que soy la poderosa Guerra,  
de tantas madres detestada en vano,  
aunque quien me maldice a veces yerra,  
pues no sabe el valor de ésta mi mano,  
sé bien que en todo el orbe de la tierra  
seré llevada del valor hispano  
en la dulce ocasión que están reinando  
un Carlos y un Felipo, y un Fernando.

### ENFERMEDAD:

Si ya el hambre, nuestra amiga querida  
no hubiera tomado con instancia  
a su cargo de ser fiera homicida  
de todos cuantos viven en Numancia,  
fuera de mí tu voluntad cumplida  
de modo que se viera la ganancia  
fácil y rica que el romano hubiera,  
harto mejor de aquella que se espera.  
Mas ella, en cuanto su poder alcanza,  
ya tiene tal al pueblo numantino,  
que de esperar alguna buena andanza,  
le ha tomado la senda y el camino;  
mas del furor la rigurosa lanza,  
la influencia del contrario sino,  
le trata con tan áspera violencia  
que no es menester hambre ni dolencia.  
El furor y la rabia, tus secuaces,  
han tomado en su pecho tal asiento,  
que, cual si fuese de romanas haces,  
cada cual de su sangre está sediento.  
Muertos, incendios, iras, son sus paces;  
en el morir han puesto su contento,

y por quitar el triunfo a los romanos,  
ellos mismos se matan con sus manos.

HAMBRE:

Volved los ojos, y veréis ardiendo  
de la ciudad los encumbrados techos.  
Escuchad los suspiros que saliendo  
van de mil tristes, lastimados pechos.  
Oíd la voz y lamentable estruendo  
de bellas damas a quien, ya deshechos  
los tiernos miembros de ceniza y fuego,  
no valen padre, amigo, amor ni ruego.  
Cual suelen las ovejas descuidadas,  
siendo del fiero lobo acometidas,  
andar aquí y allí descarriadas,  
con temor de perder las simples vidas,  
tal niños y mujeres desdichadas,  
viendo ya las espadas homicidas,  
andan de calle en calle, ¡oh hado insano!,  
su cierta muerte dilatando en vano.  
Al pecho de la amada y nueva esposa  
traspasa del esposo el hierro agudo.  
Contra la madre, ¡nunca vista cosa!,  
se muestra el hijo de piedad desnudo;  
y contra el hijo, el padre, con rabiosa  
clemencia levantado el brazo crudo,  
rompe aquellas entrañas que ha engendrado,  
quedando satisfecho y lastimado.  
No hay plaza, no hay rincón, no hay calle o casa  
que de sangre y de muertos no esté llena;  
el hierro mata, el duro fuego abrasa  
y el rigor ferocísimo condena.  
Presto veréis que por el suelo tasa  
hasta la más subida y alta almena,  
y las casas y templos más preciados  
en polvo y en cenizas son tornados.  
Venid; veréis que en los amados cuellos  
de tiernos hijos y mujer querida,  
Teógenes afila agora y prueba en ellos  
de su espada al crüel corte homicida,  
y cómo ya, después de muertos ellos,  
estima en poco la cansada vida,  
buscando de morir un modo extraño,  
que causó en el suyo más de un daño.

GUERRA:

Vamos, pues, y ninguno se descuide  
de ejecutar por eso, aquí su fuerza,  
y a lo que digo sólo atienda y cuide,  
sin que de mi intención un punto tuerza.

. . . . .

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

***Vanse y sale TEÓGENES con dos hijos  
pequeños y una hija, y su mujer***

TEÓGENES:

Cuando el paterno amor no me detiene  
de ejecutar la furia de mi intento,  
considerad, mis hijos, cuál me tiene  
el celo de mi honroso pensamiento.  
Terrible es el dolor que se previene  
con acabar la vida en fin violento  
y más el mío, pues al hado plugo  
que yo sea de vosotros crüel verdugo.  
No quedaréis, oh hijos de mi alma,  
esclavos, ni el romano poderío  
llevará de vosotros triunfo o palma,  
por más que a sujetarnos alce el brío.  
El camino más llano que la palma  
de nuestra libertad el cielo pío  
nos ofrece y nos muestra y nos advierte  
que sólo está en las manos de la muerte.  
Ni vos, dulce consorte, amada mía,  
os veréis en peligro que romanos  
pongan en vuestro pecho y gallardía  
los vanos ojos y las fieras manos.  
Mi espada os sacará de esta agonía,  
y hará que sus intentos salgan vanos,  
pues por más que codicia les atiza,  
triunfarán de Numancia hecha ceniza.  
Yo soy, consorte amada, el que primero  
di el parecer que todos perezcamos  
antes que al insufrible desafuero  
del romano poder sujetos seamos;  
y en el morir no pienso ser postrero,  
ni lo serán mis hijos.

MUJER:

¿No podemos  
escaparnos, señor, por otra vía?  
¡El cielo sabe si me holgaría!  
Mas no puede ser, según yo veo,  
y está ya mi muerte tan cercana,  
lleva de nuestras vidas tú el trofeo,  
y no la espada pérvida romana.  
Mas, ya que he de morir, morir deseo  
en el sagrado templo de Diana.  
Allá nos lleva, buen señor, y luego  
entrérganos al hierro, al rayo, al fuego.

TEÓGENES:

Así se haga, y no nos detengamos,  
que ya a morir me incita el triste hado.

HIJO:

Madre, ¿por qué lloráis? ¿Adónde vamos?  
Teneos, que andar no puedo de cansado.  
Mejor será, mi madre, que comamos,  
que el hambre me tiene fatigado.

MUJER:

Ven en mis brazos, hijo de mi vida,  
do te daré la muerte por comida.

***Vanse y salen dos MUCHACHOS huyendo, y el uno de  
ellos es el que se arrojó de la torre***

MUCHACHO:

¿Dónde quieres que huyamos,  
Servio?

SERVIO:

Yo, por do quisieres.

MUCHACHO:

Camina. ¡Qué flaco eres!  
Tú ordenas que aquí muramos,  
¿no ves, triste, que nos siguen  
dos mil hierros por matarnos?

SERVIO:

Imposible es escaparnos  
de aquellos que nos persiguen.  
Mas di. ¿Qué piensas hacer  
o qué medio hay que nos cuadre?

MUCHACHO:

A una torre de mi padre  
me pienso de ir a esconder.

SERVIO:

Amigo, bien puedes irte;  
que yo estoy tan flaco y laso  
de hambre, que un solo paso  
no puedo dar, ni seguirte.

MUCHACHO:

¿No quieres venir?

SERVIO:

No puedo.

MUCHACHO:

Si no puedes caminar  
ahí te habrá de acabar  
el hambre, la espada o miedo.  
Yo voyme, porque ya temo  
lo que el vivir desbarata;  
o que la espada me mata,  
o que en el fuego me quemó.

***Vase el MUCHACHO a la torre, y queda SERVIO, y sale  
TEÓGENES con dos espadas desnudas y ensangrentadas las  
manos, y como SERVIO le ve, huye y éntrase, y dice  
TEÓGENES***

TEÓGENES:

Sangre de mis entrañas derramada,  
pues sois aquélla de los hijos míos;  
mano contra ti misma acelerada,  
llena de honrosos y crüeles bríos;  
Fortuna, en daño mío conjurada;  
cielos, de justa piedad vacíos;  
ofrecedme en tan dura, amarga suerte  
alguna honrosa, aunque cercana muerte.  
Valientes numantinos, haced cuenta  
que yo soy algún pérfido romano,  
y vengad en mi pecho vuestra afrenta,  
ensangrentando en él espada y mano.  
Una de estas espadas os presenta  
mi airada furia y mi dolor insano;  
que, muriendo en batalla, no se siente  
tanto el rigor del último accidente.  
El que privare del vital sosiego  
al otro, por señal de beneficio  
entregue el desdichado cuerpo al fuego,  
que éste será bien piadoso oficio.  
Venid. ¿Qué os detenéis? Acudid luego.  
Haced ya de mi vida sacrificio  
y esta terneza que tenéis de amigos  
volved en rabia y furia de enemigos.

***Sale un NUMANTINO, y dice***

NUMANTINO:

¿A quién, fuerte Teógenes, agora invocas?  
¿Qué nuevo modo de morir procuras?  
¿Para qué nos incitas y provocas  
a tantas desiguales desventuras?

TEÓGENES:

Valiente numantino, si no apocas  
con el miedo tus bravas fuerzas duras,  
toma esta espada y mátate conmigo,  
ansí como si fuese tu enemigo;  
que esta manera de morir me place  
en este trance más que en otra alguna.

NUMANTINO:

También a mí me agrada y satisface  
pues que lo quiere ansí nuestra fortuna;  
mas vamos a la plaza adonde yace  
la hoguera a nuestras vidas importuna,  
porque el que allí venciere pueda luego  
entregar al vencido al duro fuego.

TEÓGENES:

Bien dices, y camina; que se tarda  
el tiempo de morir como deseo.  
¡Ora me mate el hierro, o el fuego me arda,  
que gloria y honra en cualquier muerte veo!

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

*Vanse, y salen ESCIPIÓN, JUGURTA, QUINTO  
FABIO, MARIO, EMILIO, LIMPIO y otros soldados romanos*

ESCIPIÓN:

Si no me engaña el pensamiento mío,  
o salen mentirosas las señales  
que habéis visto en Numancia del estruendo  
y lamentable son y ardiente llama,  
sin duda alguna que recelo y temo  
que el bárbaro furor del enemigo  
contra su propio pecho no se vuelva.  
Ya no parece gente en la muralla  
ni suenan las usadas centinelas.  
Todo está en calma y en silencio puesto  
como si en paz tranquila y sosegada  
estuviesen los fieros numantinos.

MARIO:

Presto podrás salir de aquesa duda  
porque, si tú lo quieres, yo me ofrezco  
de subir sobre el muro, aunque me ponga  
al riguroso trance que se ofrece,  
sólo por ver aquello que en Numancia

hacen nuestros soberbios enemigos.

ESCIPIÓN:

Arrima, pues, oh Mario, alguna escala  
a la muralla y haz lo que prometes.

MARIO:

Id por la escala luego, y vos, Ermilio,  
haced que mi rodela se me traiga  
y la celada blanca de las plumas;  
que a fe que tengo de perder la vida  
o sacar de esta duda al campo todo.

ERMILIO:

Ves aquí la rodela y la celada;  
la escala vesla allí. La traje Limpio.

MARIO:

Encomiéndame a Júpiter inmenso;  
que yo voy a cumplir lo prometido.

JUGURTA:

Alza más alta la rodela, Mario.  
Encoge el cuerpo y cubre la cabeza.  
Animo, que ya llegas a lo alto!  
¿Qué ves?

MARIO:

¡Oh santos dioses! ¿Y qué es esto?

JUGURTA:

¿De qué te admiras?

MARIO:

De mirar de sangre  
un rojo lago, y de ver mil cuerpos  
tendidos por las calles de Numancia,  
de mil agudas puntas traspasados.

ESCIPIÓN:

¿Que no hay ninguno vivo?

MARIO:

¡Ni por pienso!  
A lo menos, ninguno se me ofrece  
en todo cuanto alcanzo con la vista.

ESCIPIÓN:

Salta, pues, dentro, y mira, por tu vida.  
Síguele tú también, Jugurta amigo.

***Salta MARIO en la ciudad***

Mas sigámosle todos.

JUGURTA:

No conviene  
al oficio que tienes esta impresa.  
Sosiega el pecho, general, y espera  
que Mario vuelva, o yo, con la respuesta  
de lo que pasa en la ciudad soberbia.  
Tened bien esa escala. ¡Oh, cielos justos!  
¡Oh, cuán triste espectáculo y horrendo  
se me ofrece a la vista! ¡Oh, caso extraño!  
Caliente sangre baña todo el suelo;  
cuerpos muertos ocupan plaza y calles.  
Dentro quiero saltar y verlo todo.

***Salta JUGURTA en la ciudad***

QUINTO:

Sin duda que los fieros numantinos,  
del bárbaro furor suyo incitados,  
viéndose sin remedio de salvarse,  
antes quisieron entregar las vidas  
al filo agudo de sus propios hierros  
que no a las vencedores manos nuestras,  
aborrecidas de ellos lo posible.

ESCIPIÓN:

Con uno solo que quedase vivo  
no se me negaría el triunfo en Roma  
de haber domado esta nación soberbia,  
enemiga mortal de nuestro nombre,  
constante en su opinión, presta, arrojada  
al peligro mayor y duro trance;  
de quien jamás se alabará romano  
que vio la espalda vuelta a numantino,  
cuyo valor, cuya destreza en armas  
me forzó con razón a usar el medio  
de encerrillos cual fieras indomables  
y triunfar de ellos con industria y maña,  
pues era con las fuerzas imposible.  
Pero ya me parece vuelve Mario.

***Torna a salir MARIO por la muralla y dice***

MARIO:

En balde, ilustre general prudente,  
han sido nuestras fuerzas ocupadas.  
En balde te has mostrado diligente,

pues en humo en viento son tornadas  
las ciertas esperanzas de victoria,  
de tu industria continuo aseguradas.  
El lamentable fin, la triste historia  
de la ciudad invicta de Numancia  
merece ser eterna la memoria;  
sacado han de su pérdida ganancia;  
quitado te han el triunfo de las manos,  
muriendo con magnánima constancia;  
nuestros designios han salido vanos,  
pues ha podido más su honroso intento  
que toda la potencia de romanos.  
El fatigado pueblo en fin violento  
acaba la miseria de su vida,  
dando triste remato al largo cuento.  
Numancia está en un lago convertida  
de roja sangre, y de mil cuerpos llena,  
de quien fue su rigor propio homicida.  
De la pesada y sin igual cadena  
dura de esclavitud se han escapado  
con presta audacia, de temor ajena.  
En medio de la plaza levantado  
está un ardiente fuego temeroso,  
de su cuerpos y haciendas sustentado;  
a tiempo llegué a verlo que el furioso  
Teógenes, valiente numantino,  
de fenecer su vida deseoso,  
maldiciendo su corto amargo sino,  
en medio se arrojaba de la llama,  
lleno de temerario desatino  
y, al arrojarse, dijo: "Clara fama  
ocupa aquí tus lenguas y tus ojos  
en esta hazaña, que a contar te llama.  
¡Venid, romanos, ya por los despojos  
de esta ciudad, en polvo y humo vueltos,  
y sus flores y frutos en abrojos!"  
De allí, con pies y pensamientos sueltos,  
gran parte de la tierra he rodeado,  
por las calles y pasos más revueltos,  
y un solo numantino no he hallado  
que poderte traer vivo siquiera,  
para que fueras de él bien informado  
por qué ocasión, de qué suerte o manera  
cometieron tan grande desvarío,  
apresurando la mortal carrera.

ESCIPIÓN:

¿Estaba, por ventura, el pecho mío  
de bárbara arrogancia y muertes lleno,  
y de piedad justísima vacío?  
¿Es de mi condición, por dicha, ajeno

usar benignidad con el rendido,  
como conviene al vencedor que es bueno?  
¡Mal, por cierto, tenían conocido  
el valor en Numancia de mi pecho,  
para vencer y perdonar nacido!

QUINTO FABIO:

Jugurta te hará más satisfecho,  
señor, de aquello que saber deseas,  
que vesle vuelve lleno de despecho.

***Asómase JUGURTA a la muralla***

JUGURTA:

Prudente general, en vano empleas  
más aquí tu valor. Vuelve a otra parte  
la industria singular de que te arreas.  
No hay en Numancia cosa en que ocuparte.  
Todos son muertos, y sólo uno creo  
que queda vivo para el triunfo darte,  
allí en aquella torre, según veo.  
Yo vi denantes un muchacho; estaba  
turbado en vista y de gentil arreo.

ESCIPIÓN:

Si eso fuese verdad, eso bastaba  
para triunfar en Roma de Numancia,  
que es lo que más agora deseaba.  
Lleguémonos allá, y haced instancia  
cómo el muchacho venga a aquestas manos  
vivo, que es lo que agora es de importancia.

***Dice BARIATO, muchacho, desde la torre***

BARIATO:

¿Dónde venís, o qué buscáis, romanos?  
Si en Numancia queréis entrar por fuerte,  
haréislo sin contraste, a pasos llanos;  
pero mi lengua desde aquí os advierte  
que yo las llaves mal guardadas tengo  
de esta ciudad, de quien triunfó la muerte.

ESCIPIÓN:

Por ésas, joven, deseoso vengo;  
y más de que tú hagas experiencia  
si en este pecho piedad sostengo.

BARIATO:

¡Tarde, crüel, ofreces tu clemencia,  
pues no hay con quien usarla; que yo quiero

pasar por el rigor de la sentencia  
que con suceso amargo y lastimero  
de mis padres y patria tan querida  
causó el último fin terrible y fiero!

QUINTO FABIO:

Dime. ¿Tienes, por suerte, aborrecida,  
ciego de un temerario desvarío,  
tu floreciente edad y tierna vida?

ESCIPIÓN:

Templa, pequeño joven, templa el brío;  
sujeta el valor tuyo, que es pequeño,  
al mayor de mi honroso poderío;  
que desde aquí te doy la fe, y empeño  
mi palabra que sólo de ti seas  
tú mismo propio el conocido dueño;  
y que de ricas joyas y preseas  
vivas lo que vivieres abastado,  
como yo podré darte y tú desees,  
si a mí te entregas y te das de grado.

BARIATO:

Todo el furor de cuantos ya son muertos  
en este pueblo, en polvo reducido,  
todo el huir los pactos y conciertos,  
ni el dar a sujeción jamás oídos,  
sus iras, sus rencores descubiertos,  
está en mi pecho solamente unido.  
Yo heredé de Numancia todo el brío.  
Ved, si pensáis vencerme, es desvarío.  
Patria querida, pueblo desdichado,  
no temas ni imagines que me admire  
de lo que debo hacer, en ti engendrado,  
ni que promesa o miedo me retire,  
ora me falte el suelo, el cielo, el hado,  
ora vencerme todo el mundo aspire;  
que imposible será que yo no haga  
a tu valor la merecida paga.  
Que si a esconderme aquí me trujo el miedo  
de la cercana y espantosa muerte,  
ella me sacará con más denuedo,  
con el deseo de seguir tu suerte;  
del vil temor pasado, como puedo,  
será la enmienda agora osada y fuerte,  
y el error de mi edad tierna inocente  
pagaré con morir osadamente.  
Yo os aseguro, oh fuertes ciudadanos,  
que no falte por mí la intención vuestra  
de que no triunfen pérfidos romanos,  
si ya no fuere de ceniza nuestra.

Saldrán conmigo sus intentos vanos,  
ora levanten contra mí su diestra,  
o me aseguren con promesa incierta  
a vida y a regalos ancha puerta.  
Tened, romanos, sosegad el brío,  
y no os canséis en asaltar el muro;  
con que fuera mayor el poderío  
vuestro, de no vencerme estad seguro.  
Pero muéstrese ya el intento mío,  
y si ha sido el amor perfecto y puro  
que yo tuve a mi patria tan querida,  
asegúrelo luego esta caída.

***Arrójase el muchacho de la torre, y suena  
una trompeta, y sale la FAMA, y dice ESCIPIÓN***

ESCIPIÓN:

¡Oh! ¡Nunca vi tan memorable hazaña!  
¡Niño de anciano y valeroso pecho  
que, no sólo a Numancia, mas a España  
has adquirido gloria en este hecho;  
con tu viva virtud, heroica, extraña,  
queda muerto y perdido mi derecho!  
Tú con esta caída levantaste  
tu fama y mis victorias derribaste.  
Que fuera viva y en su ser Numancia,  
sólo porque vivieras me holgara.  
Que tú solo has llevado la ganancia  
de esta larga contienda, ilustre y rara;  
lleva, pues, niño, lleva la jactancia  
y la gloria, que el cielo te prepara,  
por haber, derribándote, vencido  
al que, subiendo, queda más caído.

***Entra la FAMA, vestida de blanco, y dice***

FAMA:

Vaya mi clara voz de gente y gente,  
y en dulce y süave son, con tal sonido  
llene las lamas de un deseo ardiente  
de eternizar un hecho tan subido.  
Alzad, romanos, la inclinada frente;  
llevad de aquí este cuerpo, que ha podido  
en tan pequeña edad arrebatáros  
el triunfo que pudiera tanto honraros;  
que yo, que soy la Fama pregonera,  
tendré cuidado, en cuanto al alto cielo  
moviere el paso en la subida esfera,  
dando fuerza y vigor al bajo suelo,  
a publicar con lengua verdadera,  
con justo intento y presuroso vuelo,

el valor de Numancia único, solo,  
de Batria a Tile, de uno al otro polo.  
Indicio ha dado esta no vista hazaña  
del valor que los siglos venideros  
tendrán los hijos de la fuerte España,  
hijos de tales padres herederos.  
No de la muerte la feroz guadaña,  
ni lo cursos de tiempos tan ligeros  
harán que de Numancia yo no cante  
el fuerte brazo y ánimo constante.  
Hallo sólo en Numancia todo cuanto  
debe con justo título cantarse,  
y lo que puede dar materia al llanto  
para poder mil siglos ocuparse.  
La fuerza no vencida, el valor tanto,  
digno de prosa y verso celebrarse;  
mas, pues de esto se encarga la memoria,  
demos feliz remate a nuestra historia.

#### **FIN DE LA JORNADA CUARTA**

#### **FIN DE LA OBRA *LA NUMANCIA***